
En su diálogo de alcoba, Evelyne y Líber repasan los días vividos. Y con ellos perciben los apresurados pasos del tiempo. Ha transcurrido ya más de la mitad del año sabático de Líber y, casi sin notarlo, se han acumulado en la memoria acontecimientos que parecen lejanos y, sin embargo, acaban de suceder. No hay duda de que el ritmo de la comunicación instantánea y simultánea contribuye a ello. Los recuerdos se amontonan con prisa en un desplazamiento continuo de memoria colmada o sobregirada. Evelyne está segura de que sus padres han sido conquistados con verdadero cariño por la madre de Líber, limpios de algunos prejuicios típicamente estadounidenses. El baño cosmopolita y turístico de Hong Kong les ha calado, tanto por lo menos como las evidencias venturosas del matrimonio contraído, multiplicada la sólida impresión de un Líber inteligente, sencillo y heredero de una gran fortuna. La pareja bostoniana se despide durante el último día de su estancia en Hong Kong con expresiones reiteradas de gratitud y efusión familiar, impresionados por el señorío, la belleza y las atenciones especiales de Ita.

Por su parte, Líber se apresura a atender sus pendientes, después de una semana de ausencia, a sabiendas de que le esperan jornadas de fuerte intensidad. En su junta con Jimmy Otegui le acompaña Evelyne, deseosa de que adquiera conciencia social del significado humanista del Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza. El informe de Jimmy sobre sus más recientes actividades está nutrido de datos y acontecimientos. Exalta el encuentro celebrado con

los delegados internacionales del Centro dentro de un campo extenso de compromisos cumplidos y de nuevas posibilidades. Tema principal es el cálculo de la aportación de los bilingües en español-chino. El mayor número es el de Japón con cinco mil, sujetos a una ampliación temporal al estudiar más a fondo las afinidades fonéticas entre el japonés y el mandarín.

Circunstancia similar pudiera darse con las lenguas hindi y urdu. La suma total, entre todas las delegaciones, llega a 52,000, sin contar, obviamente, los países hispanoamericanos, encabezados por México, con su enorme potencial. Queda, como un caso especial, Estados Unidos, con los grupos hispanos y chinos de origen y sus considerables contingentes en el largo territorio de California. Habrá que agregar los 10,000 que proporciona Hong Kong. Estima Jimmy Otegui que con estos datos puede formarse un cuadro ilustrativo para el gobierno chino. Informa a Líber y a una Evelyne que no pierde detalle de lo que escucha, que ha llegado ayer un mensaje en clave de Deng Xiaoping para reunirse lo más pronto posible en la misma habitación 333 del Hotel de la Paz de Shanghai.

—Es de suponer —habla Líber— que nos muestren su propio plan. El hecho de que siga en manos de Deng Xiaoping significa que han profundizado en la idea y la mantienen como un proyecto nacional. Sería bueno, Jimmy, que aclaráramos algunas dudas que me han surgido, escuchando tu informe. ¿Las cinco mil becas adicionales ofrecidas por nuestro Centro están consideradas entre el censo de las delegaciones?

—Salvo tu mejor criterio, desde que convinimos las primeras diez mil becas, con el ofrecimiento de las otras cinco mil adicionales —aclara Jimmy—, pensé que eran compensadas por el presupuesto propio, siempre holgado, dejando las demás extensiones a juicio de Deng Xiaoping y sus asesores, dentro del plan suyo que nos darán a conocer. El problema mayor que tienen que resolver es el del temor de

muchos de los que salieron de China no sólo por hambre, sino huyendo del *Libro Rojo* de Mao. No bastará, creo, el gran atractivo de que el español sea una segunda lengua de China, como lo es en la práctica en Estados Unidos.

Líber entiende y apostilla:

—Estoy de acuerdo contigo. ¿No piensas que este problema estará dependiendo de cómo tratan de resolver el regreso de las misiones jesuitas?

—No tardaremos en saberlo —asiente Jimmy—; yo todavía creo en la paciencia y creatividad del pueblo chino. Ahora pasaremos a revisar las noticias de la prensa inglesa y estadounidense, con sus resonancias televisivas, que circulan desde que apareció la nota telegráfica en el *Times* de Londres. Los medios de comunicación de Gran Bretaña no aciertan a entender qué fines persigue Mao al anticipar una decisión que pudiera haber anunciado más adelante, en las proximidades de la transferencia del territorio ahora en poder de la Gran Bretaña. El *Times* de Nueva York y el *Washington Post* coinciden en que se trata de un golpe directo a la hegemonía estadounidense, a falta de otras armas competitivas. Han marginado de momento el tema de Taiwán, por la conversión del español en segunda lengua china. Por lo que respecta al presupuesto del Centro hay disponibilidades de ampliarlo, si así nos conviene.

Lo que hasta ahora ignoran los periodistas —observa Líber— es que el español como segunda lengua de China no es una idea de Mao. Pero pronto descubrirán su origen en todo lo que encierra de historia sensacionalista.

—¿Y los periódicos chinos qué comentan del tema?

—Hasta el momento, Líber, no lo han tocado, si bien que ya ha trascendido en los círculos oficiales y, naturalmente, en los del Partido Comunista. Pareciera que no se quiere que trascienda a la Unión Soviética, dentro de las nuevas relaciones que se negocian al amparo de la perestroika democratizante que vive actualmente aquel país y sus repercusiones en el mundo.

—Otra pregunta. ¿Quiere decirse que hasta ahora tampoco ha habido ninguna referencia pública en los medios de Hong Kong?

—Así es, pero está a punto de suceder, porque la noticia, como se dice vulgarmente, “está en la calle”. Por supuesto, intentan desentrañar el misterio del asunto para publicar una versión fiel. Hasta el momento he logrado eludir algunas peticiones de entrevistas, apoyado en los intereses solidarios que representa la propiedad de nuestros medios de comunicación.

—Esperemos, entonces —resume Jimmy. Hablemos de la fecha de la nueva entrevista de Shanghai.

—Cuanto antes —indica Líber. Temo que finalice mi año sabático sin que disipemos las dudas y veamos que la idea de mi tutor Roberto Mariscal adquiere vuelo, vuelo complicado, digno de la sabiduría china, vigente a pesar de sus cambios ideológicos. Ponte de acuerdo con ellos y acepta el día cercano que elijan.

—Mejor lo fijamos nosotros. Que nos manden su avión pasado mañana, a hora temprana, con la idea de que regresemos al atardecer.

—Hecho, Jimmy. Confío en tu buena mano. Pero antes me gustaría saber cómo interpretará don Roberto la situación actual, ya que hemos procurado tenerle al corriente de todo en breves resúmenes. Lo mejor sería llamarle por teléfono a Boston. En unos cuantos minutos se hace la conexión.

—Profesor, le habla Líber. Aquí estoy con Evelyne y Jimmy y le mandamos cordiales saludos. Volaremos pasado mañana a Shanghai para seguir atando cabos, por iniciativa del enviado de Mao...

—Tú y Jimmy —interrumpe el profesor— saben lo que tienen que hacer. Pero como los hilos de Harvard son muy finos, quiero pasarles mi sospecha de que nuestra idea se está sobreestimando en Pekín, sea por el mismo Mao o algunos de sus asesores, presuntos enamorados del Síndrome de Pangloss, algo así como creer lo mejor en el mejor de los

mundos. Lo que es una exageración mayúscula a la hora de enfrentarse con los problemas reales. Por otro lado, los estadounidenses sí están investigando a fondo una situación impensable para ellos y en cualquier momento pueden disparar un cañonazo a través de sus dominantes medios de comunicación en el mundo. Lo importante es que salvamos la propiedad del museo en Hong Kong, y hay que procurar no perderla, porque todavía está sostenida con pinzas. En lo demás, evidentemente, el Gran Timonel ha hecho suya nuestra ideaganchito.

—Si en algún momento pudiéramos volver a necesitarlo, ¿contaríamos con su ayuda? —le pregunta Líber.

—Por supuesto, siempre que no me confundan con una ambulancia de la Cruz Roja. Me avisan con tiempo. Agur.

—Aprovechando tu visita, Líber, quiero despachar contigo algunos asuntos —le dice Jimmy. Uno de ellos es la donación de dos millones de becas alimenticias a Haití. Sería nuestra primera incursión en América. Estamos en presupuesto.

—Adelante, Jimmy. El hambre no reconoce nacionalidades ni religiones, ni fronteras geográficas. Nuestras limitaciones son las de nuestros presupuestos. La experiencia de Haití puede llevarnos a algunas regiones indígenas de extrema pobreza, que conviven con los alardes de la riqueza humillante de las clases privilegiadas de no pocos países de América.

Luego, Jimmy pide autorización a Líber para corregir algunos ajustes presupuestales y también la partida para la instalación del museo de Lee Cheng-Xiao, calculada en principio en seis millones de dólares, incluyendo la adaptación y diseño del museo en los 4,000 metros cuadrados de las plantas bajas del Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza y el nombramiento de directora y vicedirectora, a la cabeza del personal auxiliar que se requiere. La aprobación de Líber lleva implícito el reconocimiento oficial del cargo que desde ahora asume Evelyne para que revise el

diseño y planos del museo, dentro de una obra que puede durar un mínimo de dos años y un máximo de cuatro, incrementado posiblemente el presupuesto en un 20 por ciento.

Líber y Jimmy vuelan a Shanghai en el mismo avión que anteriormente. Quien los recibe es un Deng Xiaoping más suelto, como si hubiera crecido la seguridad en sí mismo. Esta vez, acompañado de media docena de asesores, todos con gafas oscuras y maletines de ejecutivos occidentales. La reunión ya no es en la Suite 333, sino en la 326, más amplia y con una mesa redonda de tapete rojo. Sin perder la calma, pero con acento más apremiante, Deng Xiaoping presenta a sus colaboradores, entre ellos una mujer otoñal de mediana talla, especie de secretaria y traductora, de la confianza personal de Deng por lo que se advierte desde el principio. Todos, comulgando con una idea que han hecho suya con devoto entusiasmo. Después de transmitir los saludos de El Gran Timonel, Deng Xiaoping con esa desenvoltura que antes le faltaba, hace ahora una síntesis en su idioma mandarín de los acelerados pasos dados, los que Jimmy va traduciendo a Líber. Dice Deng:

—La idea de convertir el español en segunda lengua de China, lejos de despertar alguna duda, ha convocado la adhesión del Partido Comunista en todos sus niveles y se celebra con extremado interés. Han llovido las sugerencias y las posibles fórmulas para su eficaz implantación. Esto nos ha obligado a crear una Comisión, a mi cargo, que recoge, clasifica y depura todo lo que recibimos. Al mismo tiempo, se ha constituido, para nuestra asesoría y consulta, un Comité de Sabios integrado por nuestros más calificados científicos, de los especialistas en lenguas a los especialistas en economía. Paralelamente, hemos inventariado el número de chinos que hablan español, incluyendo a nuestros becados internacionales. El dato conocido, 90,000, ha superado nuestros cálculos. Hemos localizado, dispersos por el mundo, como en el caso de las antiguas misiones jesuitas, a gente de otras religiones y plurilingües de distintas nacionalida-

des. El potencial es de 150,000, con un problema inesperado: el de solicitud de garantías económicas y de libertad de tránsito de quienes no están de acuerdo con el régimen comunista o lo contemplan con gran temor. Originada en el Comité de Sabios, tenemos en marcha la fórmula de instituir un pasaporte especial con todas las seguridades inviolables de libertad para el uso de ese núcleo de gente que tanto nos interesa. Es una solución que encierra muchos riesgos; se ha discutido entre nosotros hasta conseguir la aprobación del único que puede darla. Con la fijación de un buen honorario, impensable para los profesores chinos, se garantiza una permanencia mínima de seis meses prorrogables, a entera conveniencia de nuestros invitados.

Dirigiéndose a Líber, Deng le endilga dos preguntas directas:

—¿Creen en la factibilidad de nuestro planteamiento de base? ¿Podemos contar con las cinco mil becas adicionales que nos han ofrecido en el renglón del costo mayor para nosotros?

—En cuanto a lo primero —manifiesta Líber— revela un esfuerzo de alta magnitud, muy meritorio en el corto tiempo de que han dispuesto, pero tal responsabilidad es una cuestión de carácter interno del gobierno chino. En cuanto a lo segundo, ratificamos nuestros ofrecimientos en becas. Nos bastará saber su distribución final.

Al fin sonrío abiertamente Deng Xiaoping, dejando a un lado su gesto adusto, para agregar:

—Gracias. Pero me falta anticiparles otra idea en marcha que redondearía nuestro proyecto. Me refiero a un estudio inicial del Comité de Sabios para el aprendizaje del español. Los filólogos han elaborado un vocabulario básico de quinientas palabras españolas y los científicos puros tratan de encontrar un método para facilitar y abreviar el estudio del español.

Antes de la despedida, Deng llama de nuevo en un aparte a Jimmy. Se atreve a confidenciarle que los cambios

en China serán más rápidos de lo que se cree, con un Mao muy disminuido de salud. La Revolución Cultural, de la que él es víctima, constituye un fracaso sangriento y la Banda de los Cuatro no ha sido eliminada todavía. Deng figura entre los posibles sucesores de Mao en el más secreto de los secretos. Para Deng, y los que coinciden con él, es fundamental el éxito del español como segundo idioma de China. Ha merecido la atención de Mao, convirtiéndose en un tema prioritario. Ni el propio Mao podría cancelarlo, orgulloso como está de una idea que enriquecerá su gloria histórica, tras del grave tropiezo de la Revolución Cultural. Hoy es algo de lo que más le preocupa. La posible oposición de los estadounidenses, con la que cuenta, será un gran altar para su ego y no un estorbo.

Jimmy se ha sorprendido ante estas confesiones. Al comentarlas con Líber coinciden en que ellas responden a la necesidad que Deng siente de que alguien de confianza sepa lo que en verdad ocurre en el interior de China. Su futuro de por medio. Y su voz gutural, pellizcando el oído.

Aunque no se expresa en palabras, pareciera que Líber y Jimmy en el diálogo inteligente de sus miradas se hacen la misma pregunta: ¿Qué nos impulsa a mantenernos en una aventura que está adquiriendo perfiles históricos con posibles complicaciones internacionales? Queda atrás el motivo original, la preservación, más que lograda, de la pinacoteca de Lee, como depósito hereditario. Lo que era su defensa dialéctica, con su artificio ingenioso, ahora es la preocupación principal, elevada a compromiso, por mucho que se quiera eludirlo. ¿Ambos se sienten estimulados y halagados, desde su origen común, por la perspectiva de que el español pueda ser el idioma de mil millones de personas, el idioma de un imperio que en su tiempo dominó el mundo? Algo de ello debe haber en el fondo de sus afinidades, más poderoso que la simple seducción de la aventura y sus protagonismos. De seguro que los dos piensan que la maniobra magistral del profesor Roberto Mariscal ha estado inspirada por este mis-

mo e inconfeso sentimiento. De los tres, indudablemente, él es el protagonista más divertido, el más libre, sin las ataduras de la prudencia. Se adivina a un Líber orgulloso de su tutor, intelectual destacado y sencillo del exilio español, como otros que estudian y enseñan en Harvard, dignos ejemplares de la más prestigiada universidad de Estados Unidos, como otros lo son de diversas entidades análogas y centros académicos. Jimmy admira profundamente a don Roberto y lo tiene colocado en la urna de los grandes genios.

Líber romperá el silencio:

—Este hombrecillo de Deng Xiaoping ha cambiado. Seguiremos su pista y no me extrañaría, por lo que acaba de confesarte, que pueda ser la figura de los cambios chinos. Su actitud lo insinúa y es posible que esté apoyándose en nosotros para consolidar su posición ante Mao, después de haber salvado las peores pruebas.

—Comparto tu opinión —dice Jimmy— y te pregunto a la vez:

—¿Seguirá unida la suerte del museo al del español como segunda lengua de China?

—Yo también te lo preguntaría a ti, como experto que eres en asuntos chinos. Mi impresión es que será inevitable, cuando menos hasta que se inaugure el museo.

Estamos dependiendo de un pacto verbal con Mao pero nadie puede estar razonablemente seguro de lo que vendrá después de Mao. Mi madre no me ha recordado que se selle el compromiso mediante un contrato firmado. Quizá, como esposa de Lee, aparte de sus raíces españolas, se siente halagada por encima de todo, de que el nombre de su esposo esté asociado históricamente al sorprendente acontecimiento de la decisión china de adoptar la lengua española.

—Sí, Líber, tu opinión es válida para mí y te comprendo perfectamente. Pero ahora que has citado la falta de un contrato, creo que habrá un momento propicio para tratarlo abiertamente con Deng. Es evidente que él nos necesita y que aún nos hará alguna solicitud adicional.

Líber informa a su madre y a Evelyne, con todo detalle, de la jornada de Shanghai a su regreso. La sorpresa de Ita no es menor. Cautivada por ella, recuerda al profesor Roberto Mariscal en su diálogo con Mao y su mérito de persuadir al emperador chino con las ventajas nacionales de una idea que a nosotros nos pareció secundaria y convencional, pero en la que creía don Roberto no como un iluso, sino como el hombre al que no se le hubiera ocurrido de no haber nacido en España y saber valorar en el exilio el alcance y la práctica de su lengua, como el producto más importante de su patria y de una historia grande entre las grandes historias. Ita tenía, por su parte, una sorpresa:

—Nuestro yate, el que lleva mi nombre, ha quedado listo para una excursión por mares cercanos. Lo que quiero es disfrutaros unos cuantos días más, antes de vuestro regreso a Boston.

Evelyne y Líber asienten, muy agradecidos. Pero Líber lo supedita al despacho de sus muchos pendientes. Desde hace días espera una entrevista con Tuny Che-Zhisnui, el presidente del Grupo Mandarín, el hombre clave, con el que ha mantenido breves charlas en su afán de respetar al máximo la autonomía con que ejerce su cargo con tan excelentes resultados. Sin embargo, para que no haya ninguna sospecha de falta de confianza, Líber considera que es necesaria una conversación a profundidad, incluso para conocer datos muy reservados, antes de su retorno a Boston. La confianza tiene mucho de lógica y de inevitable superioridad, propios de la formación cultural y humana de cada uno. Tuny es el prototipo de los grandes ejecutivos de empresa, donde su autoridad puede ser mayor que la de los accionistas. Es un hombre serio, muy concentrado en sus pensamientos, acostumbrado a tomar grandes decisiones, al extremo de refugiarse en soledad, varios días, en su pequeño yate colmado de revistas científicas y económicas, de diccionarios y enciclopedias, cuando esas decisiones son las más trascendentes y delicadas, en un mundo que cambia con azarosos apremios.

La entrevista parece complacer a Tuny Che-Zhisnui, como si la estuviera esperando. Una nariz respingada contribuye a una sonrisa de cortos intervalos. De entrada, Tuny pregunta a Líber si sigue dando clases en Harvard el doctor Louis Renou. Fue su maestro en economía y tiene en su biblioteca algunos de sus libros, particularmente sus estudios sobre la cultura oriental. El nombre del maestro es conocido para Líber, pero actualmente vive en Francia, jubilado. Entrando en materia, Tuny Che-Zhisnui lo primero que le anticipa es el informe que se elabora con el concentrado de todos los negocios del Grupo, que mensualmente pasa a la señora Ita, de la misma forma que lo hacía a Lee. La prosperidad que ha traído a Hong Kong la guerra europea, ha ayudado al buen desempeño económico de las empresas, en todas con márgenes de utilidad que suelen superar los presupuestos planeados. En su resumen, Tuny señala que Estados Unidos, Alemania, la India y el Japón son las naciones de más creciente desarrollo. Las formas de compensación del alto personal del Grupo, según Tuny, son las más generosas que conoce en el mundo empresarial, testimonio elocuente del humanismo de Lee. Líber quiere conocerlas con los circunloquios de la mayor delicadeza, y Tuny, sin asomo de extrañeza, se lo sintetiza así: "De la utilidad neta, 30% se aplica a bonos y compensaciones de los máximos ejecutivos, comprendido el sueldo mensual de 50,000 dólares de la señora Ita, un 15% que se me abona por participación de utilidades, aparte del bloque de acciones de que soy propietario; el otro 15% es para sueldos menores, gastos generales y reservas. Me aclara que el Grupo opera como un holding al estilo estadounidense. Como debes saber 60% de las acciones están en poder de tu madre y el resto entre accionistas diversos. Generalmente, hay reparto de dividendos cada dos años".

La charla recae en el Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza, idea institucional de Lee y sus hermanos, que cumple sus objetivos sin comparación alguna

en el ámbito de la empresa privada, según Líber sabe en su calidad actual de presidente. Tuny no objeta la participación del Centro en lo que llama "la aventura china". Para él, aparte de que se trata de una idea originada por nosotros mismos, ha fortalecido una relación de interés propio por las circunstancias en que se ha dado, vista a futuro, cuando los ingleses salgan de Hong Kong, si es que cumplen el tratado, con una China a la que favorece su futuro mundial, desaparecida la terrible dictadura de Mao. Sin embargo, estima que puede haber problemas con la actitud que asuman Estados Unidos y Gran Bretaña, enfrentados al intento chino de convertir el español en una especie de lengua franca. Por lo pronto, advierte, se notan reseñas, acaso molestias, de la parte estadounidense, a cuyo impulso y poderío, el idioma inglés puede convertirse, por vía natural, en esa lengua franca que quieren disputar los chinos, en una empresa costosa y nada fácil. Circula en los círculos diplomáticos, que pronto será noticia de prensa, un informe confidencial en el que se hace un resumen del intento chino y de sus posibilidades remotas de éxito. "Lo que me preocupa de esa información, es que en ella se alude al apoyo económico de la idea por una viuda multimillonaria, filántropa de Hong Kong, de origen español, la señora Cheng-Xiao."

Líber se da cuenta de que tal noticia pudiera ser explotada por las inclinaciones sensacionalistas del periodismo estadounidense. Pero piensa que ni Gran Bretaña, ni Estados Unidos, salvo Taiwán, han protestado de los privilegios de que ha gozado y goza China en el reparto de las becas alimenticias. Y ha de trascender, también, sobre todo con los ingleses, que el Museo de Pintura Lee Cheng-Xiao se quedará en Hong Kong, y no en Shanghai, como pretendía Mao. Reflexiona Tuny, antes de estar de acuerdo con las observaciones de Lee, y decirle que su preocupación son los intereses del Grupo Mandarín, tan conectados a Gran Bretaña y Estados Unidos. Los dedos de la mano derecha de Tuny parecen de humo, entre bocanada y bocanada de su pipa ho-

landesa. Y en el tono cordial de la confianza, atraído por la simpatía y la inteligencia de Líber, recuerda a éste que su obligación es velar por los intereses comunes del Grupo. Líber, por su lado, le expresa reconocimiento por su franqueza y le reitera que nadie es dueño del futuro y que el futuro se está volviendo un producto muy frágil, técnica y humanamente. Comen juntos en un clima sosegado de amistad, intercambian confesiones de gustos personales y se ponen a las órdenes uno del otro. Líber se queda con la impresión de que Tuny Che-Zhisnui es el hombre apropiado, casi insustituible para el cargo que desempeña, con razones sobradas para sentirse cabeza intocable del Grupo. Inteligencia fría, altísima capacidad profesional, educación refinada y honestidad. Sin honestidad, concluye Líber para sí mismo, las otras virtudes son secundarias y desequilibrantes.

Las entrevistas de Líber con Tuny Che-Zhisnui se repetirán en los días siguientes. Líber, con el deseo de profundizar en las normas operativas que rigen tantas y distintas empresas. Racionalmente acepta los movimientos automáticos, que caracterizan resultados tan óptimos. Pero, sin confesarlas, ni siquiera a su madre, no se disipan algunas dudas íntimas. Posiblemente, sus complicaciones romperían el esquema de su vida familiar y académica. El futuro no deja de pesar en su ánimo.

Nueva cita en el mismo hotel de Shanghai y su vista enseñoreada sobre el río Amarillo, con el misterioso Deng Xiaoping, más abierto y desenvuelto, más seguro de sí mismo. Le acompañan nuevos asesores con algunos de sus sabios. Líber ha aceptado la invitación porque previamente Jimmy Otegui logró del hombre todavía misterioso una carta del equivalente al ministro de Asuntos Exteriores del gobierno chino para que quede formalizada la situación del museo en construcción en Hong Kong. El documento lo recibe Jimmy y es muy clara la cláusula que otorga la propiedad al Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza por un periodo de cincuenta años, renovable de común acuerdo. Líber deseaba esa carta para tranquilidad de todos, antes de su pronto regreso a Boston y porque quiere estar al corriente del curso de esta negociación con acrecentada curiosidad. De todos modos los chinos no han ocultado que construirán un gran Museo de Arte Moderno en el nuevo Shanghai, con tres pisos subterráneos.

Jimmy Otegui actúa más de protagonista que de traductor del mandarín y el cantonés, aunque en la nueva embajada figura un asesor que domina perfectamente el inglés. Lo que escuchan Líber y Jimmy es sorprendente: “Nuestra Junta de Sabios ha encontrado finalmente una fórmula, ensayada con éxito, para reducir a 100 horas el aprendizaje del español mediante un chip electrónico que penetra en el individuo durante el sueño, sin alterarlo, en una inmersión de la memoria subconsciente, por un mínimo de cinco horas y

han perfeccionado el vocabulario mínimo de 500 palabras en las que hay algunas de fonética muy parecida entre el mandarín y el español, lo que facilita el aprendizaje oral. O sea que éste puede terminarse en la mitad del tiempo calculado o ampliar el número de chinos hispanohablantes. Necesitaremos, eso sí, una cantidad considerable de profesores españoles, venidos de España y los países hispanoamericanos. En estos momentos, con nuestro pasaporte de permanencia garantizada, libres de toda molestia, hemos hecho acopio de maestros jesuitas y de otras religiones, navegantes jubilados, instalados en la California estadounidense; vendedores y taxistas de Nueva York y Londres; y el reclutamiento de diez mil expertos de Hong Kong. El costo económico es elevado, pero contamos con la aprobación expresa del Gran Timonel, seguros de que amortiguaremos ese costo, cargándolo al porvenir promisorio de una China más próspera y recuperada.

—¿Fantasía o realidad? —exclama Líber. Nos gustaría saber cómo va a operar el chip electrónico de esa memoria subconsciente —agrega con la mirada cómplice de Jimmy.

—Será un secreto, debido a los sabios geniales de la nueva China —contesta Deng Xiaoping— que vienen trabajando en lo que será una máquina de lectura mental. No se les ocultarán las aplicaciones políticas y económicas que de este invento se derivan para China. Las investigaciones han sido tan exhaustivas, que se han remontado a la antigua versión histórica de que en gran parte de China se hablaba un anglofrancés, que era el normando, con mezclas de latín y otras lenguas.

El sabio del perfecto inglés, el más alto del grupo, quiere hacer alguna aportación:

—Sí, comprendemos su sorpresa. La fantasía, hermana de la utopía, tarda, pero suele dar hijos a la realidad. La historia reciente de China lo demuestra. ¿Quién podría sospechar que la Larga Marcha llegaría a su meta? ¿Que venceríamos a los japoneses? ¿Que derrotaríamos a los llamados

nacionalistas? Así, pues, El Gran Timonel tardó unos días en comprender nuestro invento y su alcance práctico. Al comprenderlo, la fantasía le ha inundado con sus resplandores y nos ha pedido que ahora inventemos un chip para que desde la gestación, o sea antes de nacer, cada criatura llegue a este mundo con una frase aprendida del *Libro Rojo*. En ello andan nuestros genios, que han estudiado las aportaciones del inventor Jack Saint-Clair Kilby, el nuevo Edison estadounidense.

—¿Y no se les ocurrirá un invento que destierre la pobreza? —pregunta Jimmy. El ideal de nuestro Centro, como saben, es el de acabar con la pobreza y reducir sus enormes brechas. Seríamos los primeros en aprovechar un invento tan de verdad revolucionario. Creemos que la pobreza es la mayor negación de los derechos humanos.

Le contesta de inmediato Deng Xiaoping:

—No nos pida que seamos dioses. Somos terrenales y hemos hecho una Revolución para acabar con la pobreza, inspirados en las teorías de Marx, Engels y Mao. Es una preocupación tan intensa como la de Newton cuando trataba de convertir el plomo en oro. Mao es un líder al que atraen los inventos científicos.

El propio Deng explica el objeto de haber solicitado esta junta. Pide el patrocinio de una campaña en Estados Unidos que utilice los medios de comunicación para popularizar y prestigiar la lengua española y quienes la hablan. El imperio estadounidense, al corriente de nuestro proyecto, trata de oponer resistencias de tipo legal para impedir la penetración del idioma de “los hispanos”, con rebaja de su estatus y el apoyo de mixtificaciones como el “spanglish”. Solicitan, igualmente, una relación de las personas que se han licenciado en el idioma español a través del Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza (Jimmy le entrega de inmediato el documento de referencia). Además desearían una entrevista en Boston con el sabio que habla perfectamente el inglés —por fin se menciona su nombre, Liang Kaihui— con

el profesor Roberto Mariscal, un genio según Mao. Líber le promete que hablará con don Roberto Mariscal para facilitar esta entrevista. En cuanto al proyecto de una campaña propagandística a favor del uso y el prestigio del idioma español, en Estados Unidos, Líber ofrece estudiarla con interés, dadas las implicaciones y costos que de ella se derivan. Dependiendo de la conformidad del profesor Roberto Mariscal, el asunto podría tratarse más a fondo en la cita solicitada por Liang Kaihui, que no será antes de que Líber esté de nuevo en Boston. Antes de despedirse, Deng Xiaoping llama en otro aparte personal a Jimmy Otegui, con quien conversa un buen rato, con su notorio aire confidencial. (Jimmy ha tratado de arrancarle el secreto del chip electrónico. Lo único que ha logrado saber es que el invento no es de un chino, sino de un genio hindú, militante comunista, uno de los miembros más apreciados del Consejo de Sabios.)

Jimmy Otegui comunica a Líber las confidencias de Deng Xiaoping en lo que constituye una jornada inusitada, digna de registrarse en algún memorial. Empezó por revelarle que la salud de Mao sigue empeorando sin renunciar a su vida licenciosa y que su propósito es que él lo reemplace cuando llegue el momento, un secreto que debe mantenerse, porque la Banda de los Cuatro no ha sido liquidada todavía y son sus mayores enemigos. Al preguntarle Jimmy cuál sería el cambio con el poder en sus manos, replica que el de un régimen más abierto y moderno, con ciertas reformas económicas e incluso aperturas a inversiones extranjeras en combinación con el Estado chino. Y me ha reiterado el significado de que Mao haya aceptado el regreso de los jesuitas que él fue el último en expulsar de China y su apertura total a las personas que puedan contribuir a la transformación bilingüe hispánica de una China grandiosa. Xiaoping me ha apuntado, por su parte, la visión de una China enriquecedora de su potencialidad productora y consumidora, a la que darán largas alas los millones de hispanohablantes. Para Deng Xiaoping no existirán límites, mencionando no sólo la

India, sino Canadá y Australia. Es difícil para nosotros entender ahora este cambio, pero el hombre se expresa con seguridad, como si estuviera convencido de los errores cometidos y de las reformas necesarias: “Me ha dejado la impresión de que el hombre lo hará si sobrevive”, concreta Jimmy. Las revoluciones se sabe cómo empiezan, pero no cómo terminan, recuerda. Para Deng el universo de mil millones de seres hablando español, será un instrumento ventajoso que no sólo aprovecharán en lo económico, sino como medio de difundir la milenaria historia de la cultura china y su nuevo lugar en la escala internacional, en plena adaptación de la ideología comunista.

Al llegar a Hong Kong, Líber y Jimmy buscan a Tuny Che-Zhisnui y le informan de su nueva junta con la misión china, encabezada por quien parece ser el sucesor de Mao. No objeta la ampliación de alguna ayuda específica porque al Centro le sobran recursos, sin afectar sus programas. Sin embargo ve con escepticismo el invento del chip de la memoria subconsciente y duda de que las pruebas realizadas en China avancen sobre la piel de la realidad. Ignoraba que quien lleva la negociación es el posible sucesor de Mao, si bien no le extrañaría porque a Mao le urge salir de la catastrófica Revolución Cultural, seleccionando su candidato entre los contados sobrevivientes que estuvieron siempre junto a él en la Larga Marcha. Le parece un infantilismo, propio de los divinos dictadores, lo del chip memorial, pero recuerda haber leído algo similar sobre una teoría del genoma, en una revista científica de Estados Unidos, cuya respuesta parece ser que no se ha calculado. Tuny no oculta la satisfacción que le causa saber la entrega del documento oficial chino sobre la propiedad convenida del museo. De todos modos, recomienda cierta prudencia. “El apresúrate despacio” de la consigna latina como consejera. No basta cultivar una excelente relación con los dirigentes de la China actual y sus posibles sucesores. Hay que estar alerta de otras opciones en la cerrada caja de sorpresas que caracteriza a Mao, más pen-

diente que nunca de su inmortalidad. A su juicio, es insólito que el gobierno chino haya suscrito un documento que es promesa, en el fondo, de una transferencia de territorio que todavía no es suyo, que no se sabe cómo se hará y si los ingleses cumplirán o condicionarán el convenio pactado. Lo que importa es que tenemos un documento oficial que nos ampara. Aunque no deja de ser incógnita quién gobernará China en el año 1997.

Naturalmente, Líber se reúne con su madre y Evelyne, las cuales celebran también la entrega del convenio de propiedad del museo. Ambas escuchan asombradas la crónica de los últimos acontecimientos. Ita se siente orgullosa de la madurez de su hijo y le reitera toda su confianza. Se acoge a la teoría de Líber de que lo imprevisible es el acelerador de nuestra época, según más y mejor estamos comunicados. Evelyne se ha encariñado con los pasos previos del museo. El diseño se encuentra listo para comenzar las obras en unos días más. Cuenta que hubo de contratarse en Italia a un especialista en iluminación museística, factor determinante que a veces no se cuida debidamente. El apoyo que Evelyne ha recibido de Ita en este proyecto y su estrecha convivencia personal han contribuido más a una relación cariñosa, como de madre e hija. Ita, necesitada de ella, en una trayectoria íntima de vida, la suya, junto al dolor reciente por la muerte de Lee. Y Evelyne, se muestra agradecida por las enseñanzas emanadas de esa convivencia y por un trato en el que se mezclan la sencillez y los sentimientos refinados, tan lejos de los convencionalismos de su querida familia.

Líber percibe satisfecho estos cambios y desde el Salón Hexagonal en que están reunidos, puede comunicarse telefónicamente con su tutor, don Roberto Mariscal. Le anuncia la visita de un enviado de Mao y conviene que sea cuando Líber haya regresado de Hong Kong, dado el giro sorprendente de los últimos acontecimientos.

Por su lado, don Roberto pone al corriente a Líber de

las informaciones aparecidas en los periódicos estadounidenses, donde el tema se liga al inminente cambio de las relaciones diplomáticas entre China y la España de Franco. Los mil millones de hispanohablantes para el año 2010 se ve todavía como algo remoto. Sin embargo, en la Universidad el tema se trata con el relieve que encierra, de repercusión inevitable en el estudio y porvenir del idioma español, tanto en lo académico como en lo social. “La bomba todavía no explota”, le dice como despedida su admirado tutor. La réplica de Líber quizá inquiete a don Roberto, quien le reitera: “Prepárense, porque no tardan bombas más explosivas”. Finalmente, Estados Unidos no asistirá impávido a esta invasión, por la retaguardia, de su hegemonía mundial. Ita y Evelyne celebran el talento dialogante de Líber y evocan la figura victoriosa de su profesor en su enfrentamiento con Mao. Con una sonrisa fácil, Evelyne le comenta a Líber:

—En menudo lío nos ha metido tu profe...

—Mi querida Evelyne, sin este lío tú no serías directora del Museo de Pintura Lee Cheng-Xiao ni el destino nos hubiera unido en sus lazos matrimoniales y estaríamos discutiendo todavía las pretensiones del Gran Timonel, al que mi madre sigue enviando sabrosos y escogidos jamones españoles.

Líber contempla el rostro complacido de su madre y cambiando de tema, se dirige a ella:

—Estamos a dos meses de finalizar esta maravillosa estancia en Hong Kong. Y me falta algo importante: leer las dos últimas partes de tu Diario. Me lo prometiste antes de emprender el regreso...

—Y voy a cumplir mi promesa —dice Ita— que como verás no he olvidado —y sin más, le entrega la penúltima parte de su Diario, dentro de un sobre blanco rotulado con su caligrafía impecable.

—Gracias, mamá Ita, voy a dejar todos los papeles pendientes, que son muchos, para devorar tu Diario ahora mismo. Es mi fe de vida.

Liber besó a su madre y a su esposa, retirándose a su pequeño despacho, a unos metros de la recámara nupcial, y comenzó a leer:

Han transcurrido más de cuatro meses desde que arribamos a Hong Kong. Durante este tiempo me he dedicado a ordenar la casa, con un Lee que está demasiado pendiente de mí. Salvo las pinturas que ocupan los lugares por él asignados, he ido cambiando todo a nuestro gusto común, incluido el estudio-oficina de Lee quien está de acuerdo que pase a la segunda planta, prolongando en cierto modo su discreta biblioteca. Respeto el comedor oval, que es una magnífica pieza de caoba y muebo a la sala dos vitrinas espectaculares. En una se coleccionan abanicos orientales de variada factura, entre ellos algunos de oro y otros firmados por pintores conocidos. La otra vitrina contiene miniaturas coloreadas, de metales preciosos, de elefantes y águilas, sin faltar varias versiones del Fénix, ese pájaro de buen augurio que figura entre los cuatro espíritus de la leyenda china, calificado como esencia del fuego; primer animal entre los 360 con plumas y alas. Lee me ha explicado que los elefantes son símbolo de longevidad, en tanto que las águilas son representación del único animal que puede mirar directamente al sol. El personal doméstico está en manos de un matrimonio chino, procedente de la región costera de Shandong y de dos señoras nacidas en Hong Kong, de origen filipino. La preocupación mayor de Lee es la nueva residencia cuya construcción ha encargado semanas antes de nuestro matrimonio, seguro de que éste no fallaría. Será año y medio de espera, bajo el apremio y el deseo de Lee de que sea una de las más bellas residencias de Hong Kong, en un sitio verdaderamente envidiable, con vistas al mar. Superará la de su competidor, Montoni Xirao, uno de los hombres más ricos de Hong Kong. Poco a poco me doy cuenta de los altos costos de la inversión, sobre todo por haber escogido al arquitecto británico Johnny Anderson, el más cotizado de la isla. Entiendo que el poderío económico de Lee, al que apenas me he asomado, es de gran envergadura, sin presunción alguna de su parte, virtud que no había percibido

en nuestros encuentros de París, atendida a la influencia de Madame Chanel. Yo misma he ordenado mi vida, ajustándola a la de Lee. He dado preferencia a mi aprendizaje del cantonés y mandarín, uno en la mañana con Miss Cornelius, hija de ingleses, nacida en Hong Kong, que vive de sus clases particulares y goza de alto prestigio en los medios culturales de la isla. Y otra, en la tarde, con Madame Lauron, tan conocedora de los gustos de Lee, y experta, además del francés, del cantonés y del mandarín. Como además habla también el inglés, sus clases me resultan más agradables y más fáciles. El mandarín, idioma oficial de China, me cuesta aprenderlo más en su escritura que en su fonética. Fonéticamente, la x es una letra difícil, acaso como la z en el español. Ambos idiomas, en mi asistencia diaria, revelan lo que algunos llaman "la confusión de las lenguas chinas". Uno y otro están influidos de términos procedentes del centenar de lenguas regionales de una China tradicional y aislada del mundo moderno, oriental y occidental. Pero me voy acoplando. Tanto Madame Lauron como Miss Cornelius, alaban mi facilidad políglota y buen oído. (Con Lee me entiendo en inglés y a veces en francés.) En los atardeceres domingueros hablo telefónicamente con Líber, quien insiste en preguntarme cuándo lo visitaremos. La directora del colegio elogia la aplicación de Líber y me tranquiliza en cuanto a la guerra europea, que "no se siente en Suiza", contra lo que yo creía. Las noches quedan en manos de Lee, para asistir a conciertos musicales, espectáculos, además de los compromisos sociales. Es curioso que esté muy atento a como me visto, conociendo mi ropa al detalle, la que heredé de Madame Chanel y el vestido de lujo que él me obsequió, antes del nuevo guardarropa. He rebajado los tacones de mis zapatos para casi igualarnos en estatura. Entre mis primeras observaciones he registrado que es reducido el círculo de sus amistades íntimas. No pasan de media docena de familias, una muy cercana a sus hermanos, prominente en la vida pública de Hong Kong: los Thompson, Albert y Betty, un matrimonio inglés con dos hijos casados. Lee y Albert, son afines en el gusto por el tenis y el boxeo, dos deportes contrapuestos. Albert suele decir que el tenis es un juego para

mujeres y que el box, como el futbol, los inventaron los ingleses para sustituir las guerras internas de la Gran Bretaña. Así eran de violentos. Con Betty, la mujer de Albert, me llevo muy bien y solemos salir juntas de compras, experta privilegiada de la isla. Rehuyo algunas juntas de beneficencia, ese chismerío social que odia Lee. Finalmente he de recontinuar mi Diario, para el que aprovecho los fines de semana, siempre que es posible, sin atenerme a la disciplina de una cronología. Ignoro si viviré ahora acontecimientos que se equiparen a los que se iniciaron en Figueras, los que me han dado un hijo y un esposo sin los cuales no sabría explicar mi destino. ¡Figueras...! Todavía tiemblo al evocar este nombre, con sabor agridulce de manzana. La locura de la retirada con la imagen imborrable del desfile humano del dolor y la derrota. Las mujeres, los niños y los ancianos mezclados con los restos de un ejército disperso... y los heridos, desangrándose en las cunetas de los caminos fronterizos...

Pero es mi vida de hoy de la que debo ocuparme. Pienso por qué escribo este Diario, y si su lectura, a tiempo pasado, resultará aleccionadora, recordándome quién fui y quién soy. Sin embargo, un sentimiento muy íntimo me dice que lo escribo con la esperanza de que lo lea un Liber maduro para que conozca su propia historia, seguro de que no la olvidará. La casa se anima con la presencia de Deng y Tung, los hermanos de Lee, de vida libre e independiente, entregados totalmente a los negocios de la familia, que gracias a ellos han alcanzado elevados niveles de prosperidad, hasta situarse entre los más importantes de Hong Kong. El mayor, Deng, es el más divertido, amante de contar los últimos chistes que circulan por el mundo y toman carta de naturaleza en Hong Kong. Tung, es el más serio, dueño de una fina ironía que suele volcarse sobre los hombres de negocios de Hong Kong y sus familias, huyendo de términos ofensivos, y con una rara capacidad de diálogo, con la cual apoya el éxito de sus negociaciones. Lee, que es el menor de los tres, el más culto, según me parece, por ser economista y el más estudioso, es el hermano de las decisiones finales. Su relación es estupenda, se respetan entre sí y buscan siempre

decisiones unánimes. A mí me llaman "La Bella Española", título que atribuyen a Betty, la mujer de Albert, mi mayor admiradora, me ha dicho Deng. Es poco tiempo para otorgarme este calificativo sobre todo por ella, que se esmera en sus dietas y cuidados físicos. A mí me va bien el Ita, un nombre que parece buscado para pronunciarse en todos los idiomas. Tung es un lector que se ha especializado en curiosidades y anécdotas, lo que demuestra su inclinación por los libros biográficos. En una cena reciente, en casa de los Thompson, le vi apabullar a uno de esos hombres superficiales que tratan de disimularlo. Se discutía si Julio Verne llegó a ingresar en la Academia Francesa de la Lengua. Su "contendiente" no lo ponía en duda hasta que Tung intervino para desmentirle con su acostumbrada ironía. En un alarde de conocimiento de la vida del genial escritor francés, afirmó que éste no ingresó en la Academia, pese a que fue respaldado por Alejandro Dumas, hijo. El mismo que le apoyó en los comienzos de su carrera, al querer prosperar infructuosamente como autor teatral. Verne se vengó de sus detractores cuando, en pleno triunfo literario, convirtió sus principales novelas en obras teatrales de enorme éxito, como si hubiesen sido escritas con ese propósito. Lee, respetuoso de su hermano, apuntó la tesis de algunos críticos de que Verne no fue admitido en la Academia por exceso de popularidad, lleno de fantasías propias para un público juvenil. Tung no descartó tal hipótesis, negada en otros casos. Con ánimo de que me corrija, he leído a Madame Lauron algunas de las páginas de este Diario y con gesto serio de profesora me ha dicho que podría ser una buena escritora. Le confieso que leer y escribir han sido mis debilidades desde la infancia y que he tenido el aliento de los colegios de España y de Suiza. Recuerdo, además, que durante mi trabajo con Madame Chanel escribía las cartas amorosas de Martinique, una de sus mejores modelos, en diálogo con un intelectual francés que exigía mucho de ella.

Pasan las semanas y la guerra europea permanece estática, después de los primeros triunfos del ejército germano. En Hong Kong, posesión inglesa, los medios de información son francamente aliadófilos. En las noticias independientes

que llegan a Lee y a sus hermanos hablan de la inminencia de una ofensiva alemana que será rápida y total. El pacto germano-soviético ha fortalecido el poderío nazi y ha sido concebido ante la ceguera pacifista de Inglaterra y Francia, lo que supone, en el mejor de los casos, un costo inmenso. La guerra ha acelerado la prosperidad de Hong Kong. Crecen nuevas fortunas y se afianzan otras. Los hermanos Cheng-Xiao, aliadófilos sinceros, son favorecidos por este movimiento y los veo brindar por sus éxitos. Lee se refiere a ellos con un "las cosas van bien". A lo largo del tiempo transcurrido, Lee ha comentado nuestra providencial salida de Francia y me asegura que fue una coincidencia imprevisible tocar tierra en Hong Kong el mismo día en que se declaraba la guerra en Europa. "Lo que yo hice fue apremiar todo, a sabiendas de que la guerra surgiría en cualquier momento", me confiesa Lee. Me he sentido obligada a revelarles mis angustias frente a la realidad de una persecución nazi y el temor de ser fusilada en la España de Franco. Angustias y temores que involucraban la suerte de Líber. Mas el amor, por encima de todo, hizo el milagro. De ello no tengo la menor duda.

Los viajes de Lee a Nueva York son frecuentes. Le gusta la ciudad y los torbellinos de personas, independientemente de los intereses vinculados a la familia. Esta vez ha querido que le acompañe. También a mí me impresiona Nueva York. Hay en su ritmo una viveza energética que atropella al menor descuido. Tener de guía a Lee es formidable. Conoce bien Nueva York y a él le conocen en los principales centros de negocios y en los más famosos restaurantes. Lee me dice que sin estos avales Nueva York sería un espectáculo de mínimo nivel humano: el hombre en la soledad del hormiguero que le anula o reduce a la nada, convertido en monólogo. Es una ciudad para goce de los millonarios, todo lo tienen a su alcance. Todo, me subraya Lee. Aquí, puede vivirse de los sueños propios y de los ajenos. De la pobreza a la riqueza existe una breve distancia, igualmente a la inversa con la diferencia de que llegar a ser rico es relativamente fácil y que dejar de serlo, para ser otra vez pobre, es un sufrimiento que llega a ser insoportable. Resumo así sus

opiniones de acucioso observador, a lo largo de una semana en la que no faltamos a ningún espectáculo interesante o novedoso, el todo Nueva York visto como un sugestivo espectáculo de contrastes, confluencia de las más diversas etnias y de individualidades de tipos audaces e intrépidos, muchos que habían alcanzado, en sus países de origen, los límites más altos de competencia o frustración. Pero el objeto de nuestro viaje era otro: el de que compartiera con mi firma la cuenta bancaria personal de Lee, reservada para cualquier necesidad de apremio o situaciones imprevisibles. Un gesto que agradezco en el alma, olvidada de que fue una promesa de soltero. Ha querido celebrarla con una cena de exquisiteces, servida en la principal suite de su hotel habitual, el Waldorf Astoria. Un pianista contratado especialmente se encargó del fondo musical y a su ritmo bailamos finalmente hasta la hora de revivir en la cama otra de nuestras noches de luna de miel. Felices, por la vía natural de un amor sin prejuicios. A la salida del hotel coincidimos en el elevador con la artista mexicana de cine Lupe Vélez, envuelta en pieles y joyas costosas. Iba colgada del brazo del hombre despectivo, con quien me encontré en el hotel Mont-Thabor de París, antes de la misión secreta que le encomendó el doctor Negrín, llevar a México el barco "Vita". No he olvidado su nombre, Enrique Puente. Nos ignoramos mutuamente. Al volver a Hong Kong dejé a Lee con unos anticuarios judíos, negociando la compra de algunas pinturas valiosas, y yo he reanudado mis clases de cantonés y mandarín, en cuyo aprendizaje noto mis progresos, corroborados por Madame Lauron, siempre pendiente de mí. Como yo lo soy de Líber, al que sigo hablando por teléfono, una vez a la semana. El "mamá Ita" me sigue conmoviendo con su eco de vida lograda. Me cuenta su aventura escolar, en un inglés aún titubeante, con la novedad de que es extremo en el equipo de fútbol de su grado escolar. "Corro mucho y meto goles", me expresa con acentuado entusiasmo. Una y otra vez repite su pregunta: "¿Cuándo vienes a visitarme?". El "pronto" es mi promesa, alegando las dificultades de los transportes por la nueva guerra europea. He pedido a Lee que cuando sea posible incluya en

su agenda la visita a Ginebra. Tengo interés en que me acompañe en mi visita a Líber. Me anuncia que la próxima semana embarcaremos en el "Ita", el yate que lleva mi nombre, al que se han hecho las adaptaciones sugeridas por él. El barco está dotado de piloto automático, radar y todos los avances mecánicos y de estabilidad en mareas tempestuosas. El capitán es un griego con nombre latino, Luigi, devoto de las lecturas de Joseph Conrad. Nuestros invitados serán Salvador Dalí y su esposa Gala. No me simpatizan mucho, pero es una elección de Lee, que admira al pintor catalán. El otro invitado es un solterón, ducho en las aventuras amorosas, el naviero Aristotelis Onassis, un griego nacido en Turquía, aspirante a ser uno de los hombres más ricos del mundo. Había una invitada incógnita, Dolores del Río, una mexicana, nueva estrella de Hollywood, que acababa de separarse del director artístico que la acompañó en su éxito en Hollywood. Lee piensa que el contraste entre estos dos aventureros de distinto estilo en las altas escalas de la egolatría humana, nos va a entretener ante una Dolores del Río de majestuosa mirada.

Pregunto a Lee sobre la presencia de Dolores del Río y me contesta que se la ha recomendado el productor de cine más importante de Estados Unidos, interesado artísticamente en ella. Por lo que veo, Lee ha preparado un menú de entretenimiento que nos va hacer olvidar las bellezas del mar. Tampoco ha descuidado el menú gastronómico a base de caviar Beluga y champagne rosado para Onassis, "este sí sabe de caviar", ha proclamado Dalí con una copa en la mano de cava catalana, el champagne de España, preferido por el divertido pintor. No se ha equivocado Lee. Dalí ha llegado con una estrafalaria chaqueta de cuadros rojos y Gala con un sombrero multicolor y despampanante coronado de plumas verdes, como si viajara a Hollywood o a Las Vegas. Dolores del Río luce una falda blanca de amplios volantes, que maneja al andar con aires de reina. La sencillez combinada con la elegancia. Onassis, todo de blanco, se exhibe con una vistosa camisola azul de seda; en la cabeza, un sombrero de Panamá, y en sus labios un retoque leve de carmesí. Hemos recibido a todos al pie de la primera

cubierta —copa de champagne en mano— con las cortesías habituales, la mía procurando imitar el puro estilo oriental de Lee. El "Ita" se abre paso entre una multitud de embarcaciones de todo tipo, con predominio de las lujosas. Cuando el barco alcanza mar abierto, Lee acompaña al capitán Luigi para cumplimentar a los invitados e informarles de la ruta de la travesía, no muy lejos de la costa. Onassis, demostrando que es hombre de mar, ha querido saber el calado del barco, su velocidad y demás detalles técnicos. El inglés es nuestro idioma de comunicación. Por cierto, Dolores del Río lo habla con toda corrección. Pronto he hecho amistad con ella. Es discreta en el tema de sus amores, salvo en el caso de la separación con su primer esposo, hijo de una familia aristócrata del norte de México, al igual que ella. Tuvo que separarse de él porque interfería o no entendía las concesiones requeridas por su carrera artística. Interesada en su vida me cuenta que terminaría casándose con el director estadounidense Edwin Carewe que la lanzó al estrellato de Hollywood. Me recuerda sus primeras películas de éxito, *Por unos ojos negros*, *Volando hacia Río y Madame Dubarry*. Su carrera se consolidó con *Ramona*, una canción romántica popularizada en su tiempo. Alrededor de treinta películas en los treinta y tantos años de su vida y muchos contratos pendientes como la estrella latina más célebre de nuestro mundo, en su tránsito del cine mudo al sonoro, en la época dorada de Greta Garbo y Chaplin. Las reuniones son al mediodía, a la hora del aperitivo, con los cambios de cubierta que aconseja la temperatura. Onassis, con mirada de cazador, observa discretamente a Dolores y no da importancia a Dalí, lo cual exaspera a éste, entregado frecuentemente a discusiones, en lengua francesa, con Gala, quien le recuerda las virtudes de su marido anterior, el poeta Paul Eluárd, amigo cercano del pintor catalán, siempre en actitud de genio, sea cual sea el tema a debate. Le gusta soltar disparates, como el de alardear de sus energías psíquicas, capaces de hipnotizar a un leopardo, que es su animal preferido. Por supuesto, se declara el mejor pintor del mundo, apoyado por Gala la que, según sus palabras, "todo se lo debe a ella". Onassis, perseguidor

de la fortuna y la fama, comenta sus próximos viajes a América, con interés particularmente en Argentina, donde le espera un fabuloso negocio. Desborda simpatía, ríe y hace reír con sus chistes. Sin reparo ha confesado, en algunas cenas, que lo que más le gusta es coleccionar billetes verdes y mujeres hermosas. Las cenas, preparadas al capricho de cada uno, con Onassis como el mayor consumidor de caviar, provocan otras charlas, teniendo como ingrediente principal las payasadas de Dalí. Lee las celebra y yo me retraigo al escucharle, una y otra vez, que "Franco es el salvador de España". Dolores del Río, con sus vestidos de noche, reitera su distinción. Me atrae su majestuoso andar, su esmerado trato y la mirada penetrante de sus ojos negros, ligeramente oblicuos, no grandes, pero en armonía con su rostro de bellas expresiones. Se esmera en el cuidado de su cuerpo con el uso de cremas y su inmovilidad entre sol y sombra, ese término medio que no quema y alumbra, tostando sin excesos la piel. Habla pausadamente, como si se recreara en sus palabras de tono suave en busca sutil de la atención de los demás. Se siente bien en Hollywood, paraíso del amor entrepiernas, y añora con pasión a México. A pregunta de Lee, responde que tiene ofertas y que no ha descartado filmar en su patria. Los días transcurren plácidamente, incitados por la curiosidad infatigable de Lee. Para mí son de una experiencia completa, entre sorprendida y animada. En estos días, más veloces que el yate que lleva mi nombre, y que Lee remarca en sus breves y agudas intervenciones, ha sucedido de todo. Las peleas entre Dalí y Gala son la salsa de la travesía. Una mañana veo a Dalí con un ojo amoratado y otra a Gala con la misma señal; la agresión mutua pudiera ser señal de masoquismo, porque los dos parecen aceptar el golpeo como un ingrediente natural de su matrimonio. Dolores del Río goza aparentemente con los flirteos de Onassis. Dolores brinda con agua y Onassis con su champagne rosado, tres botellas por día. El griego no deja de fumar sus largos puros, a pesar de que Dolores rechace el humo. Los dos han leído a Conrad y coinciden en que La negra sombra es la mejor de sus novelas. La más entretenida de las cenas es una, motivada por Lee, desde luego, en la que invitó a

Dalí y Onassis a que imaginaran algo insólito que a cada uno le gustaría hacer. Se apresuró el primero con la idea de techar la Quinta Avenida de Nueva York, con una combinación de materias plásticas que conservaran el calor en invierno y la frescura en verano con globos flotantes de las más famosas pinturas, incluyendo las suyas, y planeadores con música grabada y popular, cada planeador con la marca fluorescente de empresas comerciales. Duda Onassis antes de soltar su idea, que consiste en crear una Sociedad de los Sábados Alegres —vocaliza las siglas SSA—, compuesta por hombres y mujeres amantes de la diversión sin reservas para encontrarse, en la isla griega de Cronos, el primer sábado de cada año bajo el lema de que nada de lo que pertenece al cuerpo es zona prohibida, y premiando, además, al yate o embarcación más original. No terminará aquí la idea de Onassis. Agregaré que a la SSA sólo ingresarán los que no sean mayores de 50 años, sin importar su estado civil. La alegría es un sentimiento potencial que debe descorcharse, en lugar de amordazarla, sobre todo cuando se pasa por el ecuador de nuestra vida, sentenció Onassis con aires filosóficos. Cuando Lee pregunta a Dolores del Río si a ella se le ocurre algo, alega que no puede competir con los genios, pero propone que a los perfumes se debían incorporar los aromas, según los signos zodiacales de nacimiento, de quienes los usan. No explica la idea, ni sabe si ya existirá, porque la vida le ha enseñado que el mayor secreto es guardarlo y, al mismo tiempo, alardear de él.

La travesía ha concluido. Lee obsequia a cada uno de sus invitados una reproducción, en buen tamaño, de la maqueta del yate "Ita", construida en plata y marfil. El viaje inaugural me ha entretenido y pregunto si las demás travesías son similares. Algunas sí lo son, mezcladas con otras de corte cultural, con una pareja de premios Nobel, ilustrando a los invitados en lenguaje sencillo las obras o materias por las cuales han recibido tal distinción. Otras están dedicadas a la música, al arte, a la literatura, a la política, etcétera, conforme la índole de nuestros invitados. La travesía que acabamos de realizar ha sido restringida, para observar muy de cerca a tres personalidades distintas, envueltas en

la fama. La gente notable es como es y como quiere ser percibida. Lee cree que el objetivo ha sido logrado. Yo le agradezco tanto que haya dado mi nombre al lujoso yate, como la lección de vida que para mí ha sido la confrontación de los personajes invitados. "Yo sabía —me dice Lee— que Dalí y Gala no te iban a simpatizar, pero tenías que comprobarlo, viéndolos actuar verdaderamente como son, en 'carne viva'." Lee comparte mi impresión sobre la calidad personal, de gran señora, que ha encontrado en Dolores del Río. En el contraste con los demás invitados es posible que también se haya divertido. Lee me descubre que el ánimo de Dolores era propicio para ello al estar curándose de amores contrariados. ¿Con quién? "Con Orson Welles, un nuevo genio del cine estadounidense", deduzco. Las revistas del corazón, según Madame Lauron, lo asocian al nombre de Oja Kodar, su nueva pareja.

Lee se reintegra a sus empresas, con el "sin novedad" de sus hermanos. Yo reanudo mis lecturas y mis clases con Madame Lauron. Me apresuro en comunicarme con Líber que esperaba mi llamada. Está contento con el colegio y me habla de sus nuevos amigos y amigas, hijos de familias ricas que se lo hacen notar constantemente. Le pido que conserve su sencillez y que sólo se enorgullezca de sus estudios. La directora sigue elogiando su aplicación. Avanza rápidamente en el inglés y va perfeccionando su francés que es el idioma usual del Colegio Montford. Le prometo que pronto le visitaré con su padre. También Líber me pregunta por él y le digo que celebra conmigo sus buenas notas escolares... No nos perdemos la temporada de ópera en el Metropolitano.

Después de un año de ausencia, reanudo este Diario. Ha sido un año consagrado por entero a Lee. Los dos, a raíz de casarnos, estuvimos de acuerdo en tener, cuando menos, un par de hijos. Los intentos no han funcionado hasta ahora. Sin explicación alguna de nuestra parte. ¿Será incapacidad de ambos o de uno de los dos? Lee profesa mucha fe a la clínica Mayo de Rochester. Y hacia allá volamos en unos días del invierno nevado, que tan cruelmente castiga a esta región de Estados Unidos. Paso, después de varios exámenes, mi prueba de fertilidad que es positiva. No así la de

Lee. Se repiten varias veces y se le diagnostica una infertilidad de origen genético, lo que los médicos llaman alteración de genes. El propio director de la clínica se lo confirma. Después de un nuevo examen de cromosomas, le dice que se trata de una infertilidad para la que no se conoce ningún tratamiento eficaz. Las demás pruebas revelan un cuerpo sano, salvo una pequeña lesión en la zona periférica del corazón, sin peligro mayor, para la que hay medicamentos muy efectivos que le recetan de inmediato. No le prohíben el caviar, que es su debilidad gastronómica. Volvemos al hotel con un Lee abatido. Le reanimo con toda la fuerza de mi cariño y le sugiero vayamos a Houston, donde Tung tiene a un médico amigo, compañero brillante de estudios, que está al frente de una clínica de prestigio.

Contactamos con él y nos arregla una cita para el jueves de la semana próxima. Allí nos recibe Charly Taboada, que es el nombre del doctor en cuestión. Se nos interna a los dos, por 24 horas, en el anexo del Hospital San Lucas, dispuestos a las nuevas pruebas. Las mías coinciden con las de la Clínica Mayo y las de Lee repiten el diagnóstico de una infertilidad genética, corroborada por un examen adicional de oligoesperma. No hay tratamiento. Nos disgusta Houston, una ciudad concebida con los dos ingredientes más seductores del ser humano, la salud y las compras. Tratándose de un centro médico, la gente también se acostumbra, en Houston, al tiempo muerto como si fuera una admonición que tiene como símbolos el Astrodome, las Galerías y las sillas de ruedas. La salud, como artículo de consumo. Viendo el rostro desolado de Lee, el doctor Taboada muy amablemente nos indica que en Lausanne, Suiza, existe una clínica especializada, cuyo diagnóstico valdría la pena conocer en última instancia, aunque él no le tiene profesionalmente confianza. Lee trata de reponerse y acepta la idea de viajar al colegio de Líber en Ginebra. Antes, Lee quiere pasar algunos días en Nueva York, la ciudad que enciende sus sentidos vitales, capitaneados por los esplendores de la imaginación. Asistimos en Broadway a los nuevos espectáculos, divertidos e impresionantes por su música y sus originales montajes. Disfrutamos más que nunca la gran suite de pesadas alfom-

bras rojas del Waldorf Astoria y su estratégica ubicación sobre la Avenida Park, que nos permite andar, sin nuestro automóvil, por la Séptima Avenida y la Lexington, y sus adyacentes, sobre todo de día, cuando la ciudad potencia sus músculos y enseña sus nervios. Es una especie de paseo planetario, siempre voraz, entre el paso apresurado de la gente y el eco sonoramente plástico de sus carcajadas, estilo Santa Claus. Señoras gordinflonas y jovencitas rubias y esqueléticas, que parecen muñecas. Abundan los turistas disfrazados de estadounidenses. Todo nos divierte, hacemos el amor con pasión concentrada, deseosos de derrotar los diagnósticos médicos. Caminamos por la Avenida Madison, la de los publicistas metafóricos y eufóricos. En ella nos tropezamos con media docena de aparentes religiosos. Preguntamos y nos dicen que son budistas, los que se rasuran las cabezas y las cejas por considerar que son motivo de vanidad personal. Lee, que ha recuperado bastante su ánimo en este Nueva York, indiscutida capital de las vanidades y debilidades humanas, comenta que si esta costumbre de los budistas se extendiera al universo, el mundo sería una bola completamente calva... con algún pequeño espacio reservado a los poetas de barbas postizas. Inevitablemente, la presencia de Lee en Nueva York, por más que ha tratado de evitarlo, ha trascendido en algunos círculos íntimos de sus amistades. Entre ellas, se encuentra un adinerado empresario, con quien él y sus hermanos comparten algunos intereses inmobiliarios: Eliseo Reclus, descendiente de un famoso naturista francés, de ideas anarquistas, admirado por Julio Verne. Se trata de una invitación a cenar en su espléndida residencia de Long Island, con espaciosos jardines arbolados y algunos chimpancés pacíficos, dedicados a comer y saltar de rama en rama, debilidad de su esposa Vicky, según nos cuenta mientras nos lleva en su helicóptero a nuestro destino. Cena por todo lo alto: surtido de patés foie-gras, langosta gallega, criada en los viveros del bello Acuarium que los Reclus mantienen en el piso inferior de la casa, perdiz estofada con puré de manzana, y crepas al Grand Marnier. Vino tinto Mouton-Rothschild, cosecha de 1962, y champagne Cristal. El servicio a cargo de dos negros, vestidos de smoking. Lu-

ces cenitales sobre una mesa montada frente a la fina cascada de una fuente de mármol de Carrara y adornos en oro. La charla es casi toda de Mr. Reclus. Vicky me mira resignada. A Lee le divierte su amigo, un especulador afortunado de Bolsa, entre otros hábitos. Su conciencia vaciada en el atractivo molde del dinero. Es del tipo de neoyorquinos que pasó rápidamente, casi sin transición, del aula universitaria a la jaula comercial. Nos cuenta su último negocio, la mascarilla que en cinco minutos deja limpio de barba el rostro masculino, sustituyendo la rasuradora y sus cremas humectantes, con duración de 48 horas. La pulsera anticonceptiva, su gran invento para uso de hombres y mujeres, sigue siendo una mina de dinero. El próximo negocio, el más esperado, es una droga que cura la calvicie, cuando ésta se origina de la capa sebácea que se desarrolla debajo del cuero cabelludo y que se ha comprobado que es una de las causas más frecuentes de la caída del pelo. Y así nos va enumerando sus proyectos futuros. Un hombre incansable a sus 70 años de edad. Se enorgullece de haber partido de la nada, de lavaplatos en uno de los restaurantes del hotel Plaza. "Ese fenómeno —nos dice— que hace prodigioso a un país, como Estados Unidos, envidiado, como se envidia en lo personal en todo el mundo a quien se hace poderoso, ganando dinero." Todavía nos faltaba, en los postres, un quinteto de violines que lo mismo tocaba la sexta de Beethoven que el "Cielito lindo" de México. No sé si fue por coincidencia o confidencia, pero iluminaron mis recuerdos en la interpretación final de un arreglo del Bolero de Ravel. Vicky quedó inédita, salvo los momentos en que su esposo se enchampañaba, los que aprovechaba para contarme que eran suyas algunas de las ideas, patentadas por su marido. En la despedida, antes de entrar en el helicóptero, Eliseo, con cierto aire de misterio, nos confiesa que también aporta ideas, sin costo alguno. Nos cuenta que para la próxima campaña presidencial ha donado a su Partido Republicano la técnica de imprimir sobre huevos de gallina, con tinta imborrable, el "Vota por..." Para Lee es una genialidad y le felicita por ella con su mirada benevolente. Realmente se trata de un gran amigo en un país donde privan más los intereses que los sentimientos.

Con un Lee más recuperado, por el baño de optimismo que le ha inyectado Nueva York, preparamos la visita a Ginebra. Por teléfono nos ha atendido el doctor Francis Nierman, director de la Clínica de Regeneración Celular, hablando perfectamente el francés y el inglés. Nos da la cita, a nuestra comodidad, y nos indica que nuestro alojamiento será en una de las suites de la propia clínica, a orillas del lago Lemán. Todo suena agradable, con ritmo esperanzador. Somos recibidos en el aeropuerto de Ginebra por Madame Spíndola, la secretaria del doctor Nierman. Las instalaciones de la Clínica de Lausanne, con sus tres pisos y nueve suites, tal parecen las de un chalet suizo típico, seguramente ampliado y adaptado. Elegimos una de las suites disponibles de la planta segunda. No tardamos en ser atendidos por el doctor Nierman, un gigantón al que le queda pequeña su bata blanca. Le entregamos los antecedentes médicos con las radiografías y análisis de Rochester y Houston. Todo lo revisa con suma atención, sentados en cómodos sofás. Nada que se parezca a un habitual consultorio. Son contados los casos de infertilidad genética —le dice el doctor Nierman a Lee— que se han tratado en la clínica y sólo con éxito en uno de ellos, quizá porque alguna alteración de células no se produjo plenamente. El tratamiento de regeneración celular que practica la clínica consiste en una serie de seis inyecciones a base de células tomadas de hígados de becerros recién nacidos. No hay ninguna duda de que el tratamiento, en lo general, mejora la calidad orgánica de la vida y, en lo particular, corrige trastornos gástricos y ciertas incapacidades sexuales. Desearíamos —agrega el doctor Nierman— tener éxito con usted, si bien no podemos garantizárselo. Nos apuntamos al tratamiento, sin dudar de las pruebas realizadas en Rochester y Houston, para acompañar las esperanzas de Lee y alentarle. Las inyecciones de gran tamaño se aplican gradualmente a media mañana. Son dolorosas al principio y hay que mantener total inmovilidad en las dos horas que siguen. Comemos con buen apetito. Filetes de ternera y una variedad de exquisitas ensaladas vegetales. No falta un buen café con sus tradicionales chocolatinas suizas en cada taza. Es fácil identificar a los pacientes —trece.

Gente otoñal de ambos sexos en su mayoría. Todos nos saludamos con extremada cortesía y discreción. Evidentemente, reina cierto pudor, como si nadie quisiera revelar el motivo de su permanencia en la clínica. Suelen coincidir en la sala de lecturas, amplia en espacio y breve en libros. Lee y yo preferimos la lectura en nuestra cómoda suite y gozar, desde el balcón de la terraza, los encantos del lago Lemán y sus contornos. Así, llega el momento que rompe la incertidumbre de nuestra espera, reflejada más en la ansiedad de la mirada que en los músculos tensos del cuerpo. El doctor Nierman, tras de cuya limpia mesa tiene una especie de sismógrafo verificador de los tratamientos específicos de la clínica, toma la palabra con acento espaciado en su correcto francés, para confirmar, en ambos casos, los diagnósticos de Rochester y Houston. En cuanto a Lee le expresa que su infertilidad no afecta el nivel de su potencialidad sexual, que es muy alto. El doctor Nierman, como si quisiera tranquilizarle, en tono amable le advierte que si la prueba hubiese invertido el resultado, debería sentirse verdaderamente preocupado. A su juicio, la falta de apetito sexual es la peor de las impotencias. "Me atrevería a decirle, por experiencias clínicas, que es tan perturbador padecerla como las afecciones del privilegio humano de la vista." La infertilidad —agrega—, sobre todo cuando obedece a causas genéticas, no es motivo suficiente para no disfrutar los bienes de la vida en su plenitud. "Usted es un hombre joven, con una esposa muy linda, llénela de gozo", nos dijo a modo de cordial despedida.

Desde la suite VIP del hotel Presidente, Lee informa a sus preocupados hermanos del resultado negativo de sus exámenes en la clínica suiza, en los que confiaba como última esperanza. Tanto Deng como Tung le tranquilizan y se adhieren a las palabras del doctor Nierman. Para animarlo, los dos hermanos le cuentan los chistes y sucedidos pintorescos que circulan estos días por Hong Kong. Entre ellos, el caso real del conflicto entre dos afamados médicos que se culpan mutuamente de la muerte de un enfermo con la tesis de que cada uno era responsable de una parte del cuerpo de su paciente, de la cintura hacia arriba uno, de la cintura para abajo el otro, en tanto que el fallecimiento se produjo a

causa de una combinación fatal de las medicinas recetadas por ambos. El pleito ha acabado con la fama de los dos doctores, que confundieron el cuerpo humano con una mercancía intercambiable. Lee ha escuchado con una sonrisa maliciosa y ha agradecido cariñosamente a los dos hermanos sus buenas intenciones. Una de sus curiosidades favoritas, en medio de la incertidumbre, ha entretenido a Lee, al querer identificar a los demás pacientes de la clínica suiza por sus reflejos visuales. No sólo traduce ojos y miradas, sino el código de matices de cada rostro. Me lo explica con la teoría de que hay señas del carácter humano que se reflejan en torno a la boca y los labios. Muchas veces, con el simple movimiento de los párpados, se apuntan lo mismo sonrisas que ironías. Sin decírselo me pregunto si tales curiosidades pueden ser una virtud oriental.

Faltaba rematar nuestro viaje con la planeada visita a Líber. La directora del Colegio Montford en Ginebra, Miss Adams, ya había sido informada que los padres de Líber lo visitarían para pasar con ellos todo el domingo. La ansiedad aceleraba los minutos, cobijados por un día de sol abundante, vencedor de nieblas, acariciante quizá de buenos augurios. Miss Adams no pudo contener la carrera de Líber cuando nos vio aparecer en el vestíbulo del colegio, gritando alborozado "mamá Ita" y "papá Lee". Imposible describir con exactitud el estremecimiento emocional de la escena. Líber, con su uniforme de chaqueta azul y pantalón blanco, reía y lloraba al mismo tiempo que nos abrazaba a los dos, conmovidos ante un niño que es ya un mocito, de vivacidad contenida y explosiva, a la vez, aparentando el doble de su edad real, alto y fuerte, con su pelo oscuro y ensortijado. "Un encanto de niño, sobresaliente en estudios y deportes con algunas travesuras propias de un carácter lideresco", manifiesta espontáneamente la directora del colegio.

Líber, anticipándose a la bolsa de regalos que carga Lee, nos entrega el que él nos tiene preparado: un dibujo a color, de inconfundible sello infantil, en el que se contemplan el perfil de una montaña cuajada de nieve, vista desde la escuela, y un puerto abigarrado de barcos, que quiere ser el de Hong Kong, según le ha instruido su maestra: una línea

ondulante une los nombres de Ita y Lee, con un texto escrito claramente en español: "A los mejores padres del mundo". De la abultada bolsa de los regalos que Líber recibe, hay uno que éste acaricia antes de que se los manden a su dormitorio. Es un balón de fútbol con su nombre grabado. El fútbol es su deporte preferido. En él destaca como un formidable extremo, rápido y burlador, siendo como es el niño más desarrollado de su grupo. Sus compañeros lo quieren porque siempre defiende a los menores del abuso de los mayores. La excursión preparada por Lee es un recorrido en un barco exclusivo por el lago Lemán, muy concurrido por ser domingo y uno de los lugares que más enorgullece a los suizos, entre las múltiples bellezas de su paisaje. En su lengua española entreverada de galicismos y anglicismos, Líber no cesa de preguntarle a papá Lee, que ya entiende español, no sólo sobre los atractivos de la excursión, sino sobre su vida personal, en Hong Kong, los países que conoce, cuál es su deporte favorito, quiénes son sus hombres más admirados ... Lee contesta todas sus preguntas, con paciencia paternal, cada vez más subyugado por los encantos de su hijo adoptivo, a falta del suyo y le prodiga sus muestras sensibles de cariño. Tanto intima con él, que le da uno de sus bolígrafos, de dos colores, para que nos siga mandando sus dibujos. Cuando Lee trata de averiguar qué le gustaría ser al término de sus estudios, Líber no lo duda, como si ya lo tuviera pensado: "profesor de una gran universidad". Los dos nos asombamos de su agudeza y casi dudamos de la edad que realmente tiene. Y Líber, halagado por la íntima cercanía que siente de Lee, se atreve a hacerle otra pregunta: "¿Es cierto que tú eres poderoso?". Aquí intervengo yo, que asisto maravillada al diálogo: "¿Quién te ha dicho que lo es?". Duda el niño, pero finalmente responde: "Mi maestro de inglés". Lee prolonga sus caricias a Líber y en tono muy paternal le expresa: "Olvida esa pregunta porque te la podrán repetir en el colegio... Lo que importa es que haya hombres buenos y generosos para que no haya tantos millones de pobres e indigentes en el mundo". En el barco comimos unos bocadillos de queso y jamón. El sol ha huido, cercano el atardecer. El automóvil nos lleva en un recorri-

do turístico por las calles de Ginebra para que Líber tenga una impresión directa de la ciudad más completa de Suiza, navegando después por el lago Lemán, conocido fuera de Suiza con el nombre de lago de Ginebra, el mayor de Europa. Siguiendo sus orillas, le explica Lee que el verdadero emblema de Ginebra es “esta fuente, que brota del lago y es llamada ‘El Chorro de Agua’, alcanzando 140 metros de altura”, Líber se entusiasma y pregunta: “¿Y qué pasa en los días de mucho viento?”. La fuente se apaga —le digo yo— sin dejar de ser un canto poético al agua, como el líquido vital de la tierra. (Me adorno y Lee me mira complacido.) De una a otra orilla, grandes edificios de hoteles, bancos y entidades empresariales. Nos apeamos del automóvil y nos internamos en las limpias calles de la Ginebra antigua, de las que se dice que las antigüedades se fabrican antes de venderse. Calles repletas de gente adulta en busca de rarezas. Lee le señala el lugar que ocupaba la vieja librería donde él compraba algunos volúmenes de los llamados raros, entre otros el *Cándido*, de Voltaire, que tanto amaba a la Suiza hospitalaria, la edición Ibarra de Don Quijote y la inglesa de Smollet. Líber, que oprime mis manos con las suyas, no entiende tanta erudición de su padre, pero le escucha con inmensa simpatía, con la avidez de un joven avanzado. Reparo en ello y, como los restaurantes cierran pronto, elegimos uno, el titulado *La Barceloneta*, precisamente. Los tres cenamos una sabrosa paella catalana, plato que Líber conoce por vez primera. “En el colegio comemos mucha carne y verduras” exclama. Le digo que para mí la paella es el plato más delicioso y le recuerdo que los dos somos catalanes. Tan lo sabe que no ha olvidado su grito de guerra: “¡Visca la Libertat!”. Lee le pide que lo repita y trata de pronunciarlo igual que él. En el postre ha devorado el triple chocolote suizo, compuesto de tres variedades selectas. Confiesa que es goloso y que en el comedor del colegio no lo ignoran. Se ha hecho tarde y suplicamos disculpas a la conserje del Colegio Montford. La despedida es otro desgarre íntimo, emocional. Lee se ha encariñado con el niño y le llena de besos, mientras éste, sin contener el sollozo, le pide: “Vuelve pronto, papá Lee”. Yo tampoco puedo evitar las lágrimas y me siento la madre más feliz del mundo.

De vuelta al hotel, antes de que mañana regresemos a Hong Kong, advierto que el humor de Lee ha cambiado, extinguido el gesto de contrariedad, como si al fin hubiese encontrado la cura que tanto buscaba. Me habla, eufórico, de las horas compartidas con Líber, soltándome su confesión. "He querido que me dieras un hijo, olvidando que lo tenemos. ¡Y qué hijo! Difícil que lo mejoráramos. Bello de cuerpo, ágil de mente, con los fognazos de su mirada codiciosa y amorosa. El 'papá Lee' me ha sacudido las entrañas, haciendo mía, minuto a minuto, su imagen, como estampada a mi propia vida. Es un milagro que te debo a ti. Gracias, Ita." Respiro con el corazón, quizá en el momento más culminante de nuestro matrimonio. Como si en lugar de visitar a Líber, hubiéramos asistido a su nacimiento.

Vuelvo a mi Diario, interrumpido por un acontecimiento que ha pesado sobre nuestro ánimo como una losa gótica. El 2 de mayo de 1946 han fallecido, en un accidente aéreo, en uno de sus frecuentes viajes a Filipinas, los dos hermanos de Lee: Deng y Tung. Lee está inconsolable, y yo con él. Los tres eran inseparables, cada uno con sus particularidades. Una armonía que nunca interfirieron los intereses, orgullosos los tres de no someterse a ninguna votación en las horas de las grandes decisiones. Sin proclamarlo, Deng y Tung reconocían el liderazgo de Lee y comprendían sus inclinaciones humanistas, sobre todo en su generosa preocupación por los pobres, "los sin nada", como les llamaban tramposamente. Cuando Lee me hizo su esposa, los dos me adoptaron como una verdadera prolongación familiar. Ningún secreto me era ajeno. Fracase en mis recomendaciones e intentos para que contrajeran matrimonio. No sirvió el ejemplo del nuestro, encarecido a menudo por Lee. Deng y Tung preferían su vida libre, sin encadenarse al vínculo matrimonial, pensando que éste sería un estorbo para la amplitud de sus gozos personales. Al cabo de más de un año no ha desaparecido la consternación, con todo y que Lee haya tenido que comprometerse en las responsabilidades ejecutivas de sus negocios que los dos hermanos asumían tan eficazmente, aunque algunas las hayan delegado en Tuny Che-Zhisnui, su máximo colaborador, secundado por el ascenso de otros

ejecutivos. Al compartir este enorme dolor de Lee, me ha venido a la memoria una de las frases que escuché al director médico del Hospital de Guerra de Madrid, el del antiguo hotel Palace: “Podemos olvidarnos de la muerte, pero la muerte no se olvida de nosotros”.

Esta penúltima parte del Diario de su madre le descubre a Líber nuevas revelaciones de su vida, tan insospechables como reales. La continuidad de este Diario pareciera una película, mezcladas las oportunidades y las tentaciones, el amor y la generosidad. La retrospectiva no deshilvana la lectura, la ensancha y acucia. Toda una aventura, unidos los pensamientos y los sentimientos; en cada trance un destino cuajado de humanismo en franca batalla contra las trampas de la estupidez y el acoso de las banalidades. Líber, antes de comentarlo con su madre, prefiere una relectura del Diario que serene la nueva impresión indeleble que le ha causado. Evelyne lo ha advertido en los soliloquios de Líber y adivina las perturbaciones de su estado de ánimo, difíciles de contener cuando la excitación invade los resortes del alma, abrumándola. Lo deja sólo con su madre en un diálogo que ambos necesitan con sed vivencial, la memoria encaramada sobre el hipotálamo.

Ita recibe a su hijo con rostro sereno, dominando su propia carga emocional, impregnada de secreta ternura y avidez. Madre e hijo se abrazan durante largo rato, conscientes de un pasado que les une desde las profundas raíces del amor y del encuentro existencial iluminado por los misterios del destino humano. Es Líber quien habla con la voz tranquila, trémula en instantes, de la reflexión.

—Ignoro la reacción de un hijo de una misma sangre. Pero creo que ninguna, por sí misma, ha de igualar o superar la de un hijo de adopción, sea por las circunstancias de

una aventura tan singular, sea por la hondura natural de un cariño deudor y de una gratitud desbordante, más allá de cualquier análisis teórico o genético. Quiero decirte que nunca hubiera sentido lo que ahora siento al conocer las incidencias y los méritos excepcionales de tu comportamiento. Eres la madre elegida. A ninguna hubiera querido tanto, ninguna me hubiera provocado tanto amor y orgullo. Un amor sobre el que jamás se pondrá el sol, porque la sangre se hereda, pero la virtud se conquista.

—Sí, Líber, tus emociones corresponden a las mías. Por eso, no he querido ocultarlas. La última parte de mi Diario te ofrecerá otras revelaciones complementarias con el deseo de que ellas te ayuden, estudioso como eres, a explicarte a ti mismo las señas de tu identidad. No olvidarás nunca, seguro, lo que los dos debemos a Lee. Sin su amor y generosidad, nada hubiera sido posible. El Diario es una especie de fe de vida que lo reconoce y lo exalta...

Líber interrumpe a su madre:

—Naturalmente, el niño huérfano de Figueras se hubiera perdido o sería una página en blanco en la etapa final de una guerra que me llevó a tus brazos y de los tuyos al alma acogedora de Lee. ¡Cuánto derroche de virtudes humanas!... Ahora, debo confesarte que tu Diario está muy bien escrito y que en él te revelas como una profesional del género.

—Quizá lo deba —aclara Ita— a mis aficiones adolescentes, tanto en España como en Suiza. Sin embargo, el principal ingrediente es la intensidad sentimental de nuestra aventura. Escribir al impulso de ella pudiera ser un recital del corazón.

Importante ha sido, también, la valiosa colaboración de Madame Lauron. Los hechos narrados, sobre todo, valen por sí mismos, ayudados por algunas reflexiones inevitables.

—Comprendo tu explicación —insiste Líber. Es propia de tu enorme sensibilidad. Pero tu virtud de escritora al natural sobresale y es de admirar.

—¿No tienes otras observaciones que hacerme —pregunta Ita— como en las anteriores lecturas?.

—No lo haré otra vez, porque abusaría de tu bondad con las muchas interrogantes que se me ocurren. Tan sólo, por el dolor reflejado y los nuevos compromisos de Lee, no escaparé a tu interés mi curiosidad por conocer la situación creada con la trágica muerte de Deng y Tung, los hermanos de nuestro querido Lee.

Un silencio de minutos precede a la explicación de Ita, tratando de ordenar y resumir su explicación.

—Este desgraciado accidente puso de relieve cuán poderosos eran sus lazos de hermandad, en una armonía de intereses solidarios muy difíciles de igualar. La perturbación que experimentó Lee lo abatió totalmente. No estaba preparado para ella y le duraría largo tiempo, como consigno en el Diario. Creí, al principio, que dudaba de continuar en los negocios recibidos a título de heredero universal. Sospecho, aunque nunca lo supe, que le llegaron ofertas tentadoras, alguna por conducto de Tuny. Supo vencerlas, si así fuese, con verdadero temple íntimo, como si obedeciera a la voluntad de sus hermanos y no olvidara la suya, como timonel insustituible del Grupo Mandarín, bajo el mandato de las responsabilidades contraídas y de sus propias e indeclinables responsabilidades. Hice cuanto pude por fortalecer su ánimo no sólo con las efusiones de mi fiel cariño, si no con iniciativas que levantarán su ánimo, conocedora de sus inclinaciones y querencias. Tardé en lograrlo en una entrega total, con los acentos entrañables de mi corazón en sintonía con el suyo.

Tras de otra pausa, Ita continúa:

—Los tres hermanos estaban unidos por la herencia testamentaria. Deng y Tung dejaron muy claras las disposiciones relacionadas con sus capitales personales. Ambos destinaron 30% de ellas al fondo del Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza. Deng incluyó algunas instituciones benéficas de Hong Kong y nombres de ciertas muje-

res próximas a sus querencias de hombre libre. El testamento de Tung estaba concebido en los mismos términos con una salvedad: la donación de una gruesa cantidad de dinero al misionero español Vicente Ferrer.

—¿Vicente Ferrer...?

—Sí y te lo aclaro. Tung, en uno de sus viajes a la India, conoció a este misionero admirable y quedó impresionado por la obra y su personalidad. Tung fue seguramente su mayor apoyo económico e influyó para que algunos millones de becas alimenticias se destinaran a las zonas hambrientas de la India. La historia que recuerdo de Vicente Ferrer, según me la contó Tung, es la de un anarquista catalán en su juventud, que participó en la guerra civil española, al lado de la República, en una milicia troskista, perseguida por el comunismo soviético. Huyó de esta persecución y años después se marchó a la India. Convertido al cristianismo, dedicó su afán redentor, su espíritu de incansables sacrificios, a las zonas más deprimidas en un país tan grande como sus carencias. Sus antiguas raíces anarquistas prevalecieron sobre la disciplina de la Compañía de Jesús y se separó de ella sin tardar mucho tiempo. Conservaría su credo misionero, ejercido con toda libertad.

Ita cierra los ojos, en una actitud meditativa, como si al diálogo le faltara algo esencial. Y atrae la atención prolongada de Líber:

—Creo que se nos ha pasado la intimidad de un tema que nos es exclusivo. Me refiero a los mil millones de hispanohablantes. Es magistral que China haya adoptado el español como segunda lengua. Compartimos en gran parte el beneficio adivinado e impulsado por Mao. Pero como hijos del exilio español nos debemos enorgullecer de una contribución que será, también, histórica. Junto a las grandes aportaciones de tantos exiliados ilustres, puede ocupar un lugar la nuestra en la expansión mundial del idioma español.

—Nos hemos callado esta confesión —dice Líber. La tuya es lógica y encierra méritos que igualmente serán his-

tóricos. La mía ha crecido al compartir la convivencia con los maestros españoles de Harvard, encabezados por mi tutor don Roberto. No creo que nuestra confesión sea ajena a su idea genial, aunque nunca me lo haya revelado, salvo algunos indicios inevitables. Pero tu Diario me ha influido, ahondando la conciencia de mi destino, sobre todo cuando supe que era hijo de Durruti, uno de los mayores líderes del anarquismo español.

Como sucede en situaciones similares, madre e hijo se abrazan con fervor. Entre las lágrimas de un momento tan emocional, la madre recomienda a su hijo que no repare en el apoyo a esta idea, más aún si la requiere el gobierno democrático de España. Como bien sabes, nuestra fortuna es muy cuantiosa. No vaciles a este mandato si los agobios y las traiciones ponen fin prematuro a mi vida.

El diálogo se cierra para recibir a Evelyne, quien no oculta su entusiasmo por el diseño del futuro museo, tras de las correcciones del arquitecto, por lo que la obra puede comenzar de inmediato. Se ha entretenido porque en las oficinas de Jimmy la televisión local transmitía una película protagonizada en gran parte por Dolores del Río, con acercamientos visuales de la capital de México. Ha percibido con la maravilla del color filmado, las bellezas del país y la aglomeración de sus construcciones al estilo de Río de Janeiro. Evelyne se queda con mamá Ita, ultimando sus encargos y preparativos para el viaje de retorno a Boston, el próximo 2 de enero. Darán preferencia a las compras navideñas del 24 y el 31, con los cuales culminarán la estancia matrimonial en Hong Kong.

Los días de diciembre se han echado encima y Líber tiene necesidad de reunirse con Tuny y Jimmy para conocer los resultados anticipados del año, los cuales son satisfactorios en su totalidad, pero con leves incrementos. En la reunión dedican varias horas al tema del español como segunda lengua de China. Asegurada la propiedad del museo y en marcha acelerada su término de construcción y preparativos inau-

gurales, concentran su atención en la visita del sabio chino al profesor Roberto Mariscal, en Boston, con la presencia de Líber. A éste le interesa conocer —los demás fines de la entrevista son sólo hipótesis— la opinión de Tuny y Jimmy sobre el planteamiento concreto de Deng Xiaoping para financiar una campaña en Estados Unidos en apoyo del prestigio del idioma español y quienes lo hablan. Los chinos han entendido que los “hispanos”, como allí los denominan, son considerados una subclase similar a la de los negros. Dignificar la lengua española, cada vez más utilizada por los propios estadounidenses, es el argumento principal con la vista puesta en pasar de una minoría a una mayoría, conforme al crecimiento incontenible de los “hispanos” y su influencia en la vida doméstica y política de Estados Unidos. Tuny cree que la campaña sería costosa con el riesgo de lastimar al gobierno estadounidense, sin poner en duda su eficacia dada la idiosincrasia de su pueblo. En el caso de que nos conviniera, lo prudente sería que la campaña fuese manejada por una de las numerosas organizaciones que funcionan en aquel país. Las reservas de Jimmy son menores, especialmente por las sorprendentes revelaciones que le confió Deng Xiaoping. Sería difícil desentendernos de la campaña que, en resumen de cuentas, se deriva de una idea en el fondo alentada por el Grupo Mandarín, esto es, la conciencia estimulada de Líber. Jimmy sugiere que don Roberto y Líber analicen el planteamiento chino y dictaminen su conveniencia o no. Los tres coinciden en que China, independientemente de quien suceda a Mao, gobernará en Hong Kong a fin de siglo, sin ningún síntoma de que Gran Bretaña vaya a incumplir su compromiso, en el entendido de ambas naciones de que se respetará la economía de libre mercado y sus estructuras básicas. Tal realidad favorecería el objetivo principal. Por supuesto, la creación de un universo de más de mil millones de hispanohablantes.

La Navidad y el final del año 1974 son celebrados en intimidad familiar, por deseo de Ita. Junto a ella, su hijo Lí-

ber, su esposa Evelyne y la fiel secretaria Madame Lauron. Cena de exquisiteces chinas, españolas y francesas. Intercambio telefónico de votos venturosos con los padres de Evelyne, en ansiada espera del retorno matrimonial a un Boston con las primeras nieves invernales. Otro intercambio es el de los regalos rituales, al gusto de cada uno. Ita se sobrepone a su tristeza interior, que resalta su belleza, y se despide cariñosamente de la feliz pareja, ofreciéndoles una visita en su nueva casa de Boston. A Líber, que ha captado el mensaje de su mirada, le recuerda cuánto necesita de él y cuánto depende de él lo que es el porvenir del Grupo Mandarín. Que haya puesto de fondo musical en la cena del 31 el *Bolero* de Ravel tiene un significado del destino que los une de por vida en línea directa con la memoria de Ita.

Líber y Evelyne se instalan en Boston en su nueva casa amueblada y decorada por mamá Ruth, a falta de algunos detalles. Toda la planta baja se ajusta a la distribución deseada por la venturosa pareja, según los planos y sugerencias aprobados por ésta, especialmente por Evelyne. Una casa llena de comodidades, dividida en dos partes; en una lo que pudiera llamarse el recinto social y, la otra, dedicada a la vida íntima. No faltan los espacios dedicados a los servicios domésticos y un jardincito con lugares arbolados, propios para la lectura y la meditación. No falta, tampoco, la sala de lectura y televisión. Líber contempla el mueble vacío de su biblioteca, listo para que en él vacíe todos sus libros y papeles. Junto, en la misma reserva de este espacio, se quedará el equipo electrónico más moderno, según las indicaciones de don Roberto Mariscal. Fue necesaria una segunda planta, de espacios muy medidos, para acoger, en privacidad, los dormitorios, vestidores y baños tan cómodos como modernos. El comedor se estrena, naturalmente, con un menú preparado por mamá Ruth y papá Howard. Sentados los cuatro en la mesa —una mesa extensible hasta para diez personas—, la conversación gira alrededor de su reciente viaje a Hong Kong y las atenciones de Ita, tan cautivadora

en todos los órdenes, y el reconocimiento total de su calidad de gran señora por los padres de Evelyne. Noticia sorpresa es la de la confirmación del nombramiento de Evelyne como directora del Museo de Pintura Lee Cheng-Xiao.

—¿Y este nombramiento, Evelyne, te obligará a viajar constantemente a Hong Kong? —pregunta mamá Ruth, sin disimular su ansiedad.

Una Evelyne, que ya no es la jovencita dominada por los deseos e influencias de su madre, contesta a ésta con una desenvoltura y firmeza que ésta no esperaba:

—La experiencia vivida con Líber me ha hecho conocer los grandes compromisos que ha adquirido así como sus grandes intereses económicos... Me he propuesto colaborar con él en todo lo que pueda. Pero debo aclararte que ha sido a petición mía el nombramiento de directora de lo que será el Museo de Pintura Lee Cheng-Xiao, dentro de unas circunstancias especiales que te explicaré en su momento. Si reparas en mis aficiones y en la carrera que he estudiado, sabrás comprenderlo. Seré una mujer más feliz con el cargo, en el mundo del arte y su historia pasada y presente. Se ha nombrado una vicedirectora que me relevará de obligaciones secundarias. Y, claro es, habré de volar a Hong Kong algunas veces, independientemente de la comunicación escrita y telefónica, mediante los nuevos y adelantados aditamentos tecnológicos.

Líber, anticipándose a mamá Ruth, interviene con palabra clara y segura:

—Evelyne compartirá conmigo tareas e intereses, bajo la voluntad de nuestro compromiso actual y nuestro porvenir. ¡El que nos une de por vida!

Mamá Ruth no queda muy satisfecha con estas explicaciones; una mueca de contrariedad asoma en sus labios sin entender todavía el cambio de destino que supone la independencia matrimonial y un entorno tan halagador y comprometido al mismo tiempo.

La comida termina antes de lo previsto. Evelyne se

quedará arreglando el nuevo hogar y un Líber impaciente corre a la Universidad para continuar sus clases, tras de una ausencia tan larga. No falta quien le haga saber el título irónico —“El profesor del año sabático”— que le han adjudicado algunos envidiosos. Líber ríe, en lugar de contrariarse. Al reanudar su cátedra, con algunos alumnos nuevos, cubriendo las bajas naturales, anuncia que desarrollará un curso aristotélico, que ha ideado mientras consumía los días laberínticos de Hong Kong. Se le ve contento en su iniciación, como si pagara alguna deuda pendiente. Quizá, por eso, ha buscado para el comienzo, en alusión a los que olvidan y desdeñan el pasado, un antiguo dicho filosófico: “Huye del pasado y perderás un ojo: olvídate de ese pasado y perderás los dos”.

Líber quita así aridez al tema, reduce al mínimo el cortejo semántico de las palabras y se centra en el pensamiento de Aristóteles en cuanto a que la memoria es tiempo y que sólo entre los animales, aquellos que sienten el tiempo, son los que tienen memoria y pueden recordar. Y es que, matiza, sin memoria no hay vida, no hay ser. El hombre no es sólo un animal político, sino un animal social y un animal que habla. En este punto recordará la aportación de los griegos al lenguaje de la humanidad, a partir de palabras conceptuales y logotipadas, entre otras, la política, el saber, la naturaleza, el bien, la justicia... Del lenguaje derivará a la literatura, la que mejor lo expresa en tanto nos enseña a mirar mejor el mundo de las cosas que existen o que son anticipadas por las fantasías literarias. El libro, como afluente de la memoria, es el más asombroso principio de libertad. Destacará la contribución griega a la convivencia, como entendimiento de la vida, en su concreción mayor, el diálogo, otro invento de los griegos. A quien le hizo notar la abundancia de citas en su lección, le dijo que quien no sabe citar ofende al autor original y posiblemente no sabe leer. A la interpelación de uno de sus antiguos alumnos, Líber le recordará una máxima quijotesca: “No importa tener más, sino ser más”. A

otro, le citará una confesión propia: la puntualidad consiste en estar listo para la hora de la deshora.

Ha terminado esta primera clase de Líber en el retorno a su amada Universidad de Harvard. Se le acercan estudiantes para saludarlo o aclarar algunos de sus conceptos. A todos atiende complacido y agradecido. Pero ahora lo que más le preocupa es hablar con su tutor, Roberto Mariscal. Es mucho lo que tiene que decirle y consultarle. Don Roberto le cita al atardecer en su modesto piso de profesor, que comparte con su esposa valenciana, Rosa Sabrinás, y su bella hija Lucrecia, nacida en Boston. Es la primera vez que Líber tiene acceso al hogar de su querido maestro, celoso como es de su vida privada. El encuentro no puede ser más cordial. Le entrega un reloj de oro, con sus iniciales, que le envía su madre Ita. Don Roberto le agradece y le muestra, confundido y orgullosamente, a su esposa e hija. Se adivina su pensamiento: "¿No será un reloj ostentoso para un profesor universitario?". Pero don Roberto lo considera una propiedad legítima y no será el único profesor que lo luzca. Más bien, abundan. Sin más, don Roberto conduce a Líber a su estudio biblioteca, menos desordenado de lo que éste esperaba.

Líber le pone al corriente del tema que los involucra. Los chinos han insistido en la campaña mediática en Estados Unidos que han solicitado, y que se supone que será importante en la próxima visita a Boston del enigmático sabio Liang Kaihui. Sin tratar de ocultarlo, don Roberto sigue muy interesado en el asunto y se siente orgulloso, íntimamente, de los alcances que ha proyectado la idea que expuso a Mao, cuya paternidad conocen algunos de sus más cercanos compañeros de la Universidad, quienes le dan título de genial, aun sin conocer todas sus entretelas. Analiza ahora, y lo repite, la necesidad de una campaña que pueda borrar el menosprecio de "los hispanos" en la sociedad estadounidense y que, por su propio peso, contribuya al prestigio de esta colectividad, de cuya expansión nadie duda. Al respecto, don Roberto manifiesta a Líber:

—Si no fueras quien eres, y no supiera que están vivas tus raíces españolas —las raíces del exilio español, determinantes de tu destino actual— me reservaría mis opiniones. Pero tu confianza y tus pensamientos me son conocidos y estoy consciente de mi propia responsabilidad en las repercusiones, en parte previstas, en parte imprevisibles, que hemos provocado en la insólita entrevista con Mao. Es una historia que está creciendo en dimensiones, de las cuales no podremos desprendernos. Hemos honrado la memoria de Lee, un hombre ejemplar, y hemos despertado la atención a un asunto ignorado por España, pero latente en un país de gran porvenir, que es México, seguramente el principal contribuyente de los llamados “hispanos”, por su vecindad estadounidense y su crecimiento demográfico. Por supuesto, se trata de un movimiento en el que no se puede descartar a la España de hoy y la de mañana.

—¿Debo entender que apruebas la realización de esa campaña? —pregunta Líber.

—Por supuesto. Los intereses que manejas no son incompatibles con esta promoción del español y su larga historia. En lo inmediato cumplirá la meta que se persigue. Pero, al mismo tiempo, será un impulso decisivo para que la lengua española, lejos de ser arrinconada por el inglés, prospere y empuje un destino propio en ese universo que será de mil millones de hablantes en español. Será otra España, al estilo de las lenguas hegemónicas que han sido huella y marca del pasado, pero con la particularidad moderna de que no perecerá como el latín.

Líber, como si don Roberto haya razonado por él, concluye:

—Coincidimos, aunque sea por caminos distintos. Me doy cuenta de la responsabilidad que asumiré y sabré defenderla. Hay intereses que pueden conciliarse con los principios. Y no puedo olvidar mi origen, el que nos ha hermanado desde el principio de nuestra relación, inspirada en la frase shakesperiana de que no hay segura vida cuando la libertad está perdida.

Don Roberto inquiera cuál será la otra parte que posiblemente planteará el sabio chino Liang Kaihui. Líber lo ignora. La deducción que ha hecho Jimmy, con su perspicacia habitual, es que será un asunto que puede concernir personalmente a don Roberto y sólo a él. El misterio sigue siendo ingrediente esencial, según recuerdan los dos. El profesor quiere saber, por la urgencia de la cita solicitada, la fecha de la entrevista. Líber le aclara que es él quien tiene que fijarla. Pronto se ponen de acuerdo en que será el último sábado de enero, en el que ambos respetan las prioridades de sus obligaciones universitarias. Líber se apresura a informarle a Jimmy la fecha convenida para que se encargue de notificársela al sabio chino. Por fax, Jimmy confirma el día señalado. Los detalles del viaje, que deben ser secretos, serán conocidos a última hora.

Líber se ha comunicado telefónicamente con su madre. Lo hizo junto con Evelyne para agradecerle la espléndida casa que habitan, gracias a su generosidad, tan pronto llegaron a Boston. Desde entonces han atendido consultas de Ita sobre diversos asuntos. Lo que más preocupa a ésta es la lectura correcta de los concentrados mensuales administrativos del Grupo Mandarín, por lo que pide a su hijo que los revise con atención, dada la complejidad de los números y sus aplicaciones en tantas empresas. Para cumplir esta dedicada misión, Líber cuenta con el auxilio de un economista distinguido, asesor de varias empresas, con cursos especializados en la Universidad de Harvard, amigo de toda su confianza. Ahora Líber llama a su madre porque quiere enterarla de que después de una prolongada charla con su tutor, don Roberto, han llegado a valorar como algo positivo el patrocinio de la campaña a favor del idioma español en Estados Unidos. No le oculta que, si bien se trata de una solicitud china, será una contribución al destino de una cultura que madre e hijo llevan en su sangre y en su alma.

El sabio chino Liang Kaihui ha arribado a Boston. Queda alojado en un hotel antiguo de escaso movimiento,

pero confortable y con un privado adecuado al objeto del viaje. Liang es un hombre que debe estar en la sesentena de años. No es el prototipo chino, por su altura, su abultado vientre y sus cejas espesas. Detrás de su sonrisa esbozada y de su mirada intensa y activa, sin dejar de ser tranquila, está un hombre sugerente, de finos modales y palabras medidas, como si fueran un ejercicio de respiración, propio de los dominadores de lenguas. Él sería el primero en hablar, como era previsible, después de los saludos de rigor:

—Soy portador de una misión secreta y desearía que el profesor Roberto Mariscal me ayudara a culminarla con éxito. Mao le considera un genio, que le ha ganado totalmente con su idea de que China adopte el español como su segunda lengua. La idea le ha deslumbrado tanto que no ha puesto reparos a las recomendaciones del Consejo de Sabios que presido, entre ellos, el más difícil, dotar de un pasaporte especial de garantía de ingreso y salida de China de cuantos lo soliciten entre los muchos que han acudido a nuestra llamada para colaborar en el aprendizaje del español. La Universidad de Nanjing ha resultado insuficiente y estamos utilizando otras sedes. Esto, con independencia de las becas y aportaciones humanas del Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza. Todo el Comité Central del Partido Comunista se ha contagiado de este clima de entusiasmo y lo impulsan, sabiendo que Mao, en el fondo, piensa, y así lo ha hecho notar de diferentes maneras, que la idea no sólo contribuirá a solucionar problemas idiomáticos internos, sino que será un instrumento poderoso de propagación de la historia china, la antigua y la actual. No es de extrañar el aviso a los estudiantes chinos que aprenden el inglés en Estados Unidos y Gran Bretaña para que cambien de inmediato al español, en un porcentaje insospechado.

Liang Kaihui hace una larga pausa, por si su intervención necesitara aclaraciones, obvias, porque don Roberto y Líber entienden su perfecto inglés. Y continúa:

—Es sintomático que el propio Mao esté leyendo una

nueva traducción al inglés de Don Quijote y que haya puesto en circulación una primera edición popular en mandarín de 50 millones de ejemplares de la obra y que esté en marcha la otra en cantonés que, como en el caso anterior, llevará un prontuario en español de las obras completas de Miguel de Cervantes. La burocracia entera del Partido Comunista, que suma algunos millones, es el primer colectivo obligado a aprender el español, en tanto que en las universidades y centros de enseñanza media su estudio ha penetrado fácilmente. Estas circunstancias coinciden con la popularidad que ha provocado en toda China la transmisión por televisión y radio de las telenovelas mexicanas, empezando por *Los ricos también lloran*, cuya protagonista principal, Verónica Castro, acaba de visitar nuestro país, aclamada como una heroína. No debe extrañarles que esta suma de factores, unida al éxito del chip del sueño —con menos de un 15% de fallas— haya producido una verdadera revolución en China, hasta acelerar la decadencia de la lamentable Revolución Cultural. No olvidamos la triste experiencia de los años treinta, cuando los japoneses impusieron rápidamente su idioma en Manchuria. El Consejo de Sabios viene ensayando nuevas fórmulas en el estudio rápido del español, por lo que calculamos que antes del año 2010, habrá más de quinientos millones de chinos hablando español.

El sabio chino, encarrerado por su propio entusiasmo, tras una brevísima pausa, canta los esplendores de la historia china.

—Nadie podrá detener esta nueva y auténtica revolución en el destino de la humanidad. Los 500 millones de chinos hablando español se duplicarán en los diez años siguientes. Recordaremos al mundo que China es China desde hace más de tres mil años y que también sabrá anteponer lo pragmático a lo dogmático en la modernización de un país líder. ¡Fantástico!

Don Roberto y Líber se miran, incrédulos de que esta exposición sea el motivo del viaje secreto del sabio Liang

Kaihui, pero su duda se desvanece rápidamente, cuando éste prosigue su discurso:

—Todo lo dicho, en síntesis, aunque les sorprenda, les habrá dado una visión del movimiento creado en China por una idea del profesor Roberto Mariscal, a raíz de la entrevista concertada con Mao. El destacado revolucionario de este sorprendente cambio histórico se llama Roberto Mariscal, y es a quien nuestro guía Mao ha otorgado la Gran Orden de la República China, por primera vez a un candidato excepcional del mundo capitalista. Es la China, reitero, que quiere proyectar al mundo su rica historia y literatura, sus avances científicos, lo que hacen de China la nación del porvenir. Y traigo la misión, señor profesor, de que me acompañe en mi viaje de regreso a Pekín para que nuestro Supremo Timonel le imponga personalmente la Gran Orden que le ha sido concedida. Honor de honores —concluye.

Una mezcla de rubor y halago se asoma en la mirada inquieta y dominante del profesor Roberto Mariscal, mientras que la de Líber es de sorpresa celebratoria. Ninguno de los dos podía sospechar que ésta fuera la misión secreta de Liang Kaihui. Don Roberto se echa un trago largo de su whisky preferido, antes de su respuesta, al principio lenta y luego fluida.

—Ya imaginaré, respetado profesor, que nunca he podido imaginar un honor tan singular como el que Mao quiere otorgarme. La vanidad encaramela y ruboriza mis sentidos. Dígale a Mao que tan pronto sea posible viajaré a Pekín para recibir esta suprema condecoración.

—¿Podemos saber algo más —pregunta un Líber impaciente— de los progresos del chip electrónico?

La respuesta de Liang Kaihui es precisa:

—Este secreto tardará en divulgarse, aunque los científicos estadounidenses trabajan en esta área de descubrimientos. Pero hay más. Por la vía diplomática, el gobierno estadounidense nos ha hecho llegar su preocupación al saber que los mil millones de hispanohablantes no serán un sueño

sino una realidad. Y es que el chip electrónico de aplicación humana tiene otras extensiones tecnológicas con vistas a los nuevos avances históricos de la China Comunista. Las presiones estadounidenses aumentarán. Pero hay compromisos que no están a mi alcance. No les oculto que existe otra revolución en marcha: la de transformar la agricultura en fuente de riqueza y la industria en base de crecimiento para ganar la batalla al hambre. Los logros en el gran Delta del Perla para convertirlo en la zona más dinámica de la Revolución china son verdaderamente prometedores, como ayer lo fue la Ruta de la Seda y sus derivaciones económicas. Quizá tengamos que convertir una parte de la economía de Estado en economía social.

El sabio Liang Kaihui continúa impetuoso y reiterativo:

—Es obvio que esta gran jornada va a proyectarse en la historia de China y en la del mundo. En cuanto a la inquietud del joven Líber, comprendo su curiosidad. Pero insisto en que el chip es un invento intransferible de nuestro Consejo de Sabios con sus tareas científicas y secretas para conocer y orientar como se activan los resortes mentales de la memoria humana. Sólo le anticiparé que tenemos en proceso una inyección aplicable a un niño en el primer año de vida para desarrollar su imaginación y su memoria. Estamos en vísperas de otra Revolución china que enriquecerá la potencia de nuestro país como centro turístico de un nuevo mundo. Sí, no es nada fácil convertir o compartir con otro idioma el nuestro de ideogramas y de tantos giros fonéticos. Si el siglo XIX fue el siglo de los británicos y el XX el de los estadounidenses, nada impedirá que el siglo XXI sea el de China. No sólo convertiremos la Presa de las Tres Gargantas, que será la mayor del mundo, sino que tenemos ya en proceso de aprovechamiento los miles de ríos que nacen de nuestro Río Sagrado, el Yang Tse, el río Azul. Hemos acatado una premisa de Mao que ha sido y es una orden en marcha: “Dominaremos las montañas y los ríos”.

—Nadie puede olvidar —prosigue— la presencia de la cultura china en la cultura universal. Entre la emulación y la imitación nuestro desarrollo será incontenible. La lengua española nos ayudará mucho dentro de nuestro programa general del futuro de China, con su nueva capitalidad geográfica, Pekín en la parte septentrional y Nanjing en la meridional. Hemos convenido, y lo estamos demostrando, que la capacidad del ser humano para aprender es infinita.

El sabio chino, con su discurso bien estructurado, sabe de qué habla, y continúa:

—Sí, China es un país hormiga como se dice de él. Y es el tercero en extensión de nuestro planeta.

Don Roberto Mariscal y Líber, un tanto abrumados, no han dejado de intercambiar las miradas del asombro ante tantas revelaciones inesperadas. El sabio chino tiene algo que agregar.

—He dejado para el final la solicitud que les hemos hecho para patrocinar en Estados Unidos una campaña de prestigio del idioma español en sus dos vertientes: una, para respaldar a la colectividad hispana, existente y en ascenso; otra para reforzar el estatus de los estadounidenses que pueden estudiar el español; otra más para utilizar los medios de información de un país que los domina más allá de sus propias fronteras, contribuyendo a la resonancia nacional e internacional de nuestro proyecto.

—Puedo anticiparle —responde Líber— que hemos considerado favorablemente su solicitud, midiendo sus ventajas y riesgos bien delineadas por usted con los inconvenientes de alguna reacción negativa o de molestia de los políticos estadounidenses. Para prevenirlo hemos pensado en emplear los servicios de una Agencia de Publicidad y Relaciones Públicas, dirigida por un buen amigo mío. Tenemos prevista una inversión de seis millones de dólares, concentrada en los meses de octubre, noviembre y diciembre.

—¡Maravilloso! —exclama el sabio chino. Mao, Nues-

tro Sol, dirá que hemos adivinado su pensamiento y seguirá admirándoles.

Liang Kaihui ha arqueado sus tupidas cejas y estima que ha sido una reunión extraordinaria que no olvidará nunca. Le urge regresar a Pekín y se despide con gran cordialidad de Líber y don Roberto, a quien reitera, como algo que no admite duda, que Mao espera sus noticias para imponerle la Gran Orden de la República China.

Don Roberto Mariscal no oculta que ha disfrutado con sabor de fantasía la entrevista celebrada y con acento humorístico asociado a un dicho popular comenta: “¡Esto va a ser un cuento chino, pero a lo grande!”. Líber participa de su estado de ánimo y siente que, ocurra lo que ocurra, ha sido una jornada influida por las vivas raíces del alma española. Y sin más, se dirigen al *Royalty*, el restaurante de su buen amigo don Fidel, el hombre, según él se define, “enemigo de las palabras perezosas y de los loros humanos”. Se extraña de la prolongada ausencia de la ilustre pareja, y les saluda, acomodándoles en uno de los privados con una de sus frases favoritas: “No hay mente lúcida sin paladar contento. Combina la lentitud de un hipopótamo y la fuerza de un elefante”.

Don Roberto respira hondo y se dirige a Líber con su mirada cómplice. Lo que menos suponía, confiesa, es que el sabio chino venía con ese encargo de Mao, el del otorgamiento de la Gran Orden de la República China, cuya existencia ambos ignoraban. Al profesor le parece un exceso injustificable. Líber ha puesto toda su atención en el discurso de Liang Kaihui, que en ningún momento ha perdido coherencia, evitando las palabras escurridizas de veces anteriores. A su juicio, ha venido con una lección muy bien aprendida, no exenta de peligros en los coletazos de la Revolución Cultural. Don Roberto comparte la deducción de su discípulo: nos ha dado a entender cómo piensa el entorno de Mao de cara al futuro de China. Y la deducción la extiende a que la Orden otorgada es una sutil maniobra para profundizar inte-

riormente el significado y el compromiso de aprender el español no sólo como segunda lengua, sino como posibilidad preferente para deshacer los nudos lingüísticos del mandarín y el cantonés. En lo inmediato, don Roberto dará largas al permiso de la Universidad, rehuyendo la recepción de la Gran Orden que le ha otorgado Mao, y Líber hablará con Jimmy para informarle de lo convenido sobre la campaña solicitada, a través de la agencia estadounidense sugerida en la plática con Liang Kaihui.

—Seguro que Jimmy, que observa tan de cerca cuanto sucede en China, va a experimentar una sorpresa similar a la nuestra —apunta Líber. Más difícil será que lo entienda Tuny. De todos modos, lo que nos intriga es la actitud de Estados Unidos, cuyos intereses en el Pacífico no ocultan, especialmente, después del término de la última guerra. Su acercamiento a China, a iniciativa de un gobernante tan conservador, como Nixon, es muy ilustrativo. Puede acaso que a la demostrada capacidad de absorción de Estados Unidos no le moleste, menos por su tamaño reducido, la campaña en pro del prestigio del idioma español. Pero habrá que esperar a las consecuencias que genere, imposibles de anticipar si el programa cuaja. Hilvanada a su fondo latente de convertir el español en una lengua que desplace al inglés en número de hablantes, la situación puede ser distinta y quizá provocadora. Todo lo que puede ser historia es complejo o arriesgado hasta que es verdadero y aceptable historia.

Don Fidel ha recibido en su *Royalty* al profesor y a su discípulo, con ganas de estar solos. Al final se sienta en su mesa privada. Líber pide su oporto favorito y don Roberto repite al final su whisky del principio. Éste se lo sirve una mujer otoñal de aspecto serio y atractiva, con unos ojos lila, el color que se atribuye a los de Elizabeth Taylor. Don Fidel percibe el interés de don Roberto e intenta rebajarlo con otra de sus definiciones. “He ahí una mujer bella con mirada de viuda solitaria.” Como ella —agrega el dueño del *Royalty*—, pueden encontrarse ahora, en el salón de banquetes, a un

grupo de distinguidas damas, agrupadas en la Asociación de Mujeres Libres. Ese tipo de mujeres, aclara, que huyen de la vacuidad y se acercan a la vanidad. Prefiero estas comensales y no las del turismo en boga, con su movimiento frenético de mandíbulas y caderas, añorantes de los placeres de la entrepiera. Y reitera, sentencioso: “Vivimos la era de la entrepiera, más que la de la inteligencia”.

Don Roberto y Líber escapan de su generoso anfitrión y se despiden. Líber deja en manos de don Roberto el nuevo recuerdo que le envía su madre: una pintura restaurada de una imagen de caza, atribuida a Apeles. El profesor, en una jornada de tantas emociones, da cabida, como un remate, a la que le produce el soberbio regalo de Ita y le pide a su discípulo que se lo agradezca. Una mujer, que igualmente será historia, afirma, sin desgaste de su corazón generoso.

Una pronta investigación le permite a Líber localizar en su oficina de Nueva York a Peter Lores, su compañero y amigo de los primeros estudios de Boston, en los cuales destacó por su rebeldía anarcoide y la brillantez de su talento. En un reciente encuentro en el mismo Boston compartieron sus recuerdos y quedaron al corriente de sus respectivos destinos. Peter, de origen californiano, trabajó algunos años en una importante agencia de publicidad, para crear después su propia empresa huyendo de los esquemas típicamente publicitarios. Una mezcla de relaciones públicas y técnicas avanzadas de comunicación, caracterizada por talentos de alto voltaje creativo, una especie de laboratorio de ideas. (Think tanks.) Líber adelanta por teléfono el objeto de su llamada y a Peter le interesa de inmediato el asunto. Apenas transcurren 48 horas cuando ambos están reunidos para afinar conceptos en la biblioteca de la recién inaugurada residencia de Líber y Evelyne. La idea de la campaña le entusiasma a Peter y promete una presentación adecuada dentro de una semana. Aludiendo a la maestría de Líber en la Universidad de Harvard, Peter le dice amablemente: “No te ofrezco sintaxis, pero sí originalidad”.

Peter Lores cumple con su promesa y vuela a Boston con la campaña que le ha solicitado su amigo Líber. Antes de desplegarla le da a conocer algunas ideas de éxito que dan carácter singular y audaz a su organización, no comparable con ninguna otra. No sólo difunde marcas, sino que las crea. Uno de sus ejemplos más recientes es Sonrisita, una crema

capaz de producir en el rostro humano el gesto amable de una sonrisa, de particular uso entre artistas de cine y televisión, y de políticos, de seres obligados a actividades públicas. Otra es Lord, un perfume de tres fragancias en un mismo envase, cuya mezcla energética elimina las depresiones. Nueva es la marca Comodín, tapa de un inodoro de plástico plegable, de viaje, fácil de llevar en un maletín de mano, completamente inmunizado contra el riesgo de infecciones en un tiempo turístico de movilización y viajes masivos. También son autores de Appétit, las salchichas hechas de bacalao y anguila ahumada. Peter se declara autor anónimo del ritmo musical "Victoria", cuya virtud comprobada es la de actuar sobre aquellos votantes indecisos en favor de una determinada candidatura electoral. Peter alarga su preámbulo con una de sus campañas actuales: el paraguas erótico Elixir, de uso en los días de sol, con la eficacia de las técnicas dinámicas del color para influir desde el estímulo sexual hasta el impulso de compra de productos prohibidos o de apoyar mensajes simbólicos en despliegues espectaculares en periódicos y revistas y en llamativos espacios televisivos al amparo de la cultura visual de nuestro tiempo. Pero la campaña que conmovió a Estados Unidos, entre elogios y ataques, fue la que les confió un exótico multimillonario de Chicago con una inversión de 100 millones de dólares, y el exclusivo objeto de convencer a la gente de que los calvos son los seres más inteligentes y seductores a través de la historia humana. Por supuesto, se trató de una persona completamente calva, de unos 60 años de edad, de quien acababa de divorciarse su bella mujer simplemente por ser demasiado calvo. Dado el secreto impuesto, bajo pena económica severa, hemos inventado una entidad emisora, la Asociación de Calvos Brillantes —A.C.B.— con el logotipo de una mano posada sobre una bola de billar.

—Temo que me estoy apartando del tema que nos reúne —se interrumpe Peter— y que puedo parecerles un vendedor de publicidad al estilo común.

Líber, que ha escuchado con interés y buen humor a su amigo Peter, pide, también con atención sociológica, que le explique los fundamentos de la rara campaña en honor de los calvos. Peter, satisfecho de la curiosidad despertada, continúa:

—Verás. La campaña tenía que apoyarse en algunas citas históricas de calvos famosos. Seleccionamos a Aristóteles, en cuanto a que la calvicie incrementaba la potencia mental, y a Plinio, que en su historia natural define al calvo como un ser perfectible cuanto más se aleja el hombre de sus progenitores selváticos. Lo que corrobora las teorías de que la abundancia de pelo ha ido a menos como signo de primitivismo y acaso confirme que en el siglo XXI más de la tercera parte de la población urbana masculina será calva o semicalva, al compás de los grandes progresos de nuestra civilización. Este marco conceptual lo animamos con dichos y refranes como el de “a un calvo nadie le toma el pelo”, e ilustraciones como el de gente singular que quiso caracterizarse con la huella digital del dedo pulgar impreso en el centro de la calva, etcétera. No ha faltado un desfile voluntario de centenares de calvos, precedidos por una colección de mujeres bonitas, que paralizó la circulación de la Quinta Avenida en Nueva York. Obviamente, la alopecia de nombres famosos de la historia arroparon la campaña: Aristófanes, Poncio Pilatos, Goethe, Baudelaire, Flaubert, Cezánne, Kipling, Freud, Hegel, Picasso, Churchill, Blazer, Pasternak, etcétera.

—¿Y el resultado? —inquire Líber con sonrisa menos burlona.

—¡Fantástico! —responde al punto un Peter gozoso. Y resume: el primer cautivo de la campaña fue su patrocinador, que hizo de ella fe de vida, más aún cuando supo que su divorciada esposa, una de las paradójicas y primeras víctimas de la campaña, quiso regresar con su exesposo, inútilmente, el cual no se daba abasto con multitud de mujeres seducidas, en una especie de reinado entre las más deseadas una vez descubierto el nombre inducido del patrocinador

real. Lo curioso, es que el éxito de una campaña de presupuesto proporcional obligó a inversiones de centenares de millones de dólares a los fabricantes de ungüentos, pomadas y fórmulas secretas para combatir la caída del pelo, sin omitir las pelucas de todos los colores. Su contraparádigma fueron las frondosas cabelleras de Sansón, Marx, Beethoven, Einstein, Rasputín y especialmente los Beatles. Este Rolex de oro que llevo en la mano izquierda es uno de los dos regalos que me hizo el extravagante multimillonario de Chicago. El otro fue el automóvil que todavía uso.

—Y ahora, después de felicitarte por tus triunfos profesionales, vayamos a lo nuestro.

—La campaña encargada me ha interesado como un reto personal y sentimental, a la vez que halago a mi tercera esposa, Paloma, hija de una anarquista catalana llamada nada menos que Armonía del Vivir Pensando, según reza en el registro de los exiliados españoles que llegaron a México por el puerto de Coatzacoalcos, en 1940, a bordo del barco "Santo Domingo". Murió en la ciudad de México en 1949 en circunstancias extrañas, relacionadas con la posible denuncia de ser la compañera de uno de los tres anarquistas que asaltaron la Cervecería Modelo y que murieron en duelo con los policías mexicanos al encontrar su refugio en la llamada zona de Mixcoac. Somos una pareja feliz y nos conocimos en uno de mis desplazamientos a la ciudad de México, en un ambiente tumultuoso de exiliados españoles. Y tú, Liber, según recuerdo, tienes el mismo origen.

Peter hace un paréntesis, muestra un diseño gráfico, y prosigue:

—Me he encargado directamente de esta atractiva campaña. El modelo conceptual, dentro del presupuesto asignado, es el de una sola inserción mensual en *The New York Times* con traducción al español y al inglés, concentrando el resto en las emisoras radiofónicas que cubren todo el territorio estadounidense, con las intensidades adecuadas a cada zona regional. Además que a los hispanos, que se sentirán confor-

tados por la campaña, procuraremos llegar al público joven nativo, no mayor de 40 años. Concentra el núcleo de estadounidenses que aprende el español en un porcentaje elevado, alrededor de 10 por ciento. El crédito de los mensajes será avalado por el nombre de una institución que, en principio, hemos registrado: Amigos de la Lengua Española. Su tutela corporativa facilitará el uso de nuestros circuitos complementarios de relaciones públicas, como parte integral de la campaña, tanto en versiones en español como en inglés. Puesto que la concentración será en las emisoras radiofónicas, hemos concebido dos estribillos musicados de 30 segundos: en tres meses se populararán en una medida razonable y mucho más si conviniera prolongarlos. He aquí la propuesta:

*Olé... Olé... Olé...
Háblame, háblame en español,
la lengua sonora de la cordialidad.*

*Háblame, háblame en español,
cada palabra hecha canto de amor.*

*Olé... Olé... Olé...
De sol a sol
Háblame, háblame en español.*

(Tema musical: *Compases de la danza del fuego*, de Manuel de Falla)

—En cuanto al presupuesto, en lugar de los seis millones de dólares asignados, será de siete, más la cantidad de 450,000 dólares, que comprenden nuestros honorarios, los de la producción y los de la agencia que colocará el mensaje en los medios, sumado el costo del registro del patrocinador. En otros casos, nuestros costos se triplicarían, te lo aseguro —concluye Peter.

Líber autoriza el presupuesto, que deberá facturarse finalmente al Centro de Investigación y Combate contra la

Pobreza y así se lo comunica a Jimmy, con el encargo de hacer llegar a Pekín una copia de la campaña, que verá la luz pública en Estados Unidos en tres semanas más. Le recuerda que Pekín debe hacerse a la idea de su responsabilidad directa en el conjunto del plan con el apoyo discreto del Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza. Busca a don Roberto y le muestra el documento acordado, sin omitir las partes anecdóticas de la presentación de su amigo Peter. No tiene objeciones que hacer y, como si le interesara más lo segundo que lo primero, murmura:

—Armonía de Vivir Pensando...¡Un nombre para la noble heráldica del anarquismo español!

De regreso a casa, una Evelyne jubilosa recibe a Líber y le informa que está embarazada. Había advertido los síntomas y mamá Ruth se los ha confirmado. El alborozo es compartido por Líber, como si lo esperara desde la memoria de su orfandad, antes de ser adoptado por Ita. Es curioso cómo marginando otros instantes, recuerda perfectamente el bombardeo de Figueras, como si fuese una marca de vida grabada para siempre. No puede ocultar, por eso, los temblores de su corazón cuando escucha o pronuncia la palabra Figueras, seguida de su grito de guerra “¡Visca la Libertat!”. Líber se apresura a comunicar la noticia a su madre, precedida por el aviso esperado de que pronto será abuela. Ita se entusiasma, también, con la noticia y le promete que les visitará en Boston en unas semanas más y estrenará la habitación que le tienen reservada en la casa que les regaló en la celebración de su boda. Líber espera de su madre un regalo mayor: el último capítulo de su Diario. Ella promete llevarselo. Ita aprovechará el viaje para hablarle de algunas dudas sobre los estados de cuenta que le envían mensualmente. Mujer entera como es, en ningún momento ha mencionado la carga que ha representado para ella la administración del Grupo heredado, aparte de los colaboradores de confianza que dejó Lee y, sobre todo, la ayuda que necesita de su hijo. Líber es el primero en comprenderlo, aunque ponga sumo

cuidado en la vigilancia de los concentrados económicos con el auxilio de su amigo David, uno de los grandes economistas que enseña en la Universidad de Harvard.

Los padres de Evelyne, que no ocultan la esperanza de que este alumbramiento prolongue las estancias de Boston de la feliz pareja, son los primeros en exteriorizar su contento por el abuelato que les llega y atienden a su hija con sobremero. Admiran su labor a distancia en la construcción del Museo de Lee Cheng-Xiao, con todos sus problemas anexos y la eficacia de la subdirectora que quedó nombrada antes de salir de Hong Kong. La obra está muy avanzada y podrá inaugurarse en unos cuantos meses más. Líber le ha pedido que no apresure las fechas por razones especiales. Al conjuro de ellas, quizá el sabio Liang Kaihui viene solicitando una nueva cita urgente en Boston. La campaña proprestigio de la lengua española lleva casi dos meses de desarrollo en Estados Unidos con unos resultados que pueden considerarse óptimos. El "Háblame en español, la lengua sonora de la cordialidad", está penetrando rápidamente, según el informe de Peter, y hay lugares de Miami, San Antonio y Los Angeles donde se cantan públicamente los estribillos musicales. El "Háblame en español" se ha convertido en saludo de identidad al descolgar el teléfono. La gente estadounidense con aire divertido empieza a intercambiarse el "olé, olé, olé, olé" como si fuera su saludo ritual. Lejos de cualquier molestia, priva la simpatía y reparan en la colectividad hispana con algún respeto mayor, al estilo informal del estadounidense, como antes no existía.

En la Universidad, Líber es un maestro en ascenso, lo que le halaga y estimula. Sus clases son muy concurridas y abunda el sexo femenino, convocado de boca en boca, por los atractivos físicos del profesor. Es invitado frecuentemente a cursos especiales y su nombre suena en Harvard. Este conjunto de acontecimientos, coronados por su próxima paternidad, llenan de satisfacción a Líber, que se siente orgulloso de la más famosa Universidad de Estados Unidos. Así

se lo confiesa a su tutor don Roberto, sin cuyos consejos y sabiduría no hubiese sido posible esta carrera que él considera muy brillante. “Merece —le dice éste— lo que Ortega y Gasset llamaba el santo sacramento del aplauso.” Líber lo admira como amigo, el más querido de sus amigos. La condición de exiliado, en tan extrañas circunstancias, ha exaltado sus raíces españolas, convertidas en conciencia de origen, influyendo consciente o inconscientemente en su vida. En cuanto a la nueva visita del sabio chino, don Roberto cree que vendrá a apremiarle para fijar la fecha de recepción de la Gran Orden de la República China. Tiene muchos motivos para evadirla, pero se escudará en la autorización pendiente de la Universidad. Lo que más puede importar es lo que ha sucedido, de su lado, en China, de un proyecto que ha quedado por entero en sus manos. Habrá sorpresas, coinciden los dos.

Jimmy, el intermediario acostumbrado, arregla la nueva cita y antes de ella se reúne con Líber. Un asunto íntimo: ve a su madre con muestras de fatiga y pequeños temblores, intermitentes, en la mano izquierda. Sin embargo, ella lo niega y es puntual en todos sus compromisos. Todos la respetan y procuran facilitar sus tareas de supervisión, dejando a Tuny las grandes decisiones, como en tiempos de Lee. Pero es evidente que la desbordan y procura no molestarte. Piensa que haber salvado el museo de la propiedad china era su preocupación mayor y que haberlo conseguido tan hábilmente, es la obligada deuda que podíamos tener pendiente con Lee, pese a las reservas de Tuny, que no dejan de inquietarla —concluye Jimmy.

Escuchándole, un gesto sombrío se dibuja en el rostro de Líber, habitualmente sereno y complaciente. Líber y Jimmy hablan con don Roberto, que celebra las nuevas noticias. El aprendizaje del español en China ha comprometido a la plana mayor del Partido Comunista, donde un Mao débil exalta como una empresa propia esta idea. En un folletito que circula entre los dirigentes se da crédito a una frase de Mao que dice: “La idea vino de Hong Kong. Los ideales son

los nuestros". Con una variante significativa, la colaboración entusiasta del nuevo gobierno español de la democracia se ha plasmado en adaptar la antigua Universidad de Comillas, en Santander, en un colegio de 2,000 alumnos, procedentes de las escuelas chinas que han aprendido su primer español y deben perfeccionarlo en cursos de noventa días. El alto costo, con su movilización de profesores apropiados, es una contribución del gobierno español. A la que se suma, en sentido inverso, el desplazamiento a la Universidad de Nanjing de otros maestros españoles que se han ido especializando en chino. Esto, independientemente de los cursos especializados en las Universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá de Henares. A tan prometedor desarrollo, hay que agregar, en primer término el enorme esfuerzo de participación de México, como cabeza de la comunidad de habla española. Deben mencionarse otros apoyos en la misma área, como los de Colombia, Argentina y Venezuela. Particularidad relevante es también Brasil, donde se ha calculado que en los próximos años habrá 50 millones de hispanohablantes, si se consolidan acuerdos de Estado entre España y Brasil. En lo que respecta al pasaporte de ingreso y salida de China se ha respetado el compromiso concertado, lo que explica el éxito en conjunto del proyecto. De todos, los más activos son los jesuitas, que sueñan con el pasado, muchos de ellos expulsados por Mao en 1949, convencidos de que ningún pueblo puede vivir bajo la humillación de las insuficiencias.

Llega a Boston el sabio chino Liang Kaihui, quien a modo de saludo repite a sus interlocutores, en un español memorizado: "Háblame en español, la lengua sonora de la cordialidad". A continuación, sin más, les explica que, si bien la campaña estaba destinada a Estados Unidos, los dos estribillos se han incluido en las lecciones de aprendizaje del español en China. Hay estudiantes, en las universidades del interior del país, que se han familiarizado con la frase, la cual se ha agregado a los cortes de televisión y a las transmi-

siones de las telenovelas mexicanas. Con cierto orgullo el sabio informa que la técnica del chip ha sido afortunada en sus resultados y que gracias a ella se han reducido las horas de clase oral, por lo que está en condiciones de confirmar que la meta de 500 millones de hispanohablantes chinos se alcanzará antes de lo calculado, abriendo el camino a nuevas generaciones. Explica que han tenido problemas de flexibilidad con la erre. Algunos la convierten en ele, como sucede en Andalucía y Cuba. Felicita a sus patrocinadores secretos por la extraordinaria penetración de la campaña en Estados Unidos. No sólo ha elevado el bajo nivel de prestigio de los hispanos, sino que estos mismos han asumido su propio efecto y exhiben su orgullo por hablar español. Los propios estadounidenses, educados en la cultura publicitaria, repiten el mensaje y lo intercambian con sus marcas comerciales.

No tardará en volver a Boston el sabio chino Liang Kaihui. Los acontecimientos se acumulan como si la idea en marcha volara a una altura mayor que la calculada. El optimismo de Liang se transparenta en el saludo que repite a sus interlocutores. A los universitarios estadounidenses les ha impresionado otra aportación de la España actual, que consiste en destinar uno de los más bellos edificios del antiguo Toledo a una especie de catedral del idioma español con el exclusivo objeto de formar profesores de la lengua española, en un recinto donde darán clase los escritores y los intelectuales más destacados de la península e Hispanoamérica. Cuando se ponga en marcha esta iniciativa nada habrá más honroso que recibir un diploma o un título de la Catedral Toledana del Idioma Español. Por otra parte se valora que la incorporación de México ha sido decisiva no sólo por el número de profesores y becas que han enrolado en esta campaña, sino por la vecindad con Estados Unidos y su influencia en la enorme masa de inmigrantes de habla hispana que invade y llena las necesidades de esta nación. Es un flujo incontenible que permite calcular que en el año 2000 habrá cerca de 40 millones de hispanohablantes, que tienen

sus propios medios de comunicación y centros comerciales de consumo, frecuentados por los propios estadounidenses.

El sabio chino ha dejado para el final algo que se niega oficialmente: la salud de Mao se ha agravado y no quisiera morir sin imponer al profesor Roberto Mariscal la Gran Orden de la República China y de asistir a la inauguración del Museo de Pintura Lee Cheng-Xiao, en Hong Kong. El profesor le promete acelerar los trámites del permiso de la Universidad, convencido en el fondo de que es una aceptable opción la ceremonia de entrega de la Gran Orden de la República China, coincidiendo con la inauguración en Hong Kong del museo. Adivina que tal es el deseo no expresado de Ita. Jimmy aclara que las obras del museo van muy adelantadas, pero que todavía tardarán alrededor de un año para que se completen los detalles interiores. Liang Kaihui entiende que ha agotado su presión, sin cancelar todas sus esperanzas y rendido ante los enormes logros de la idea de don Roberto, sin atreverse a adivinar su cambio íntimo de opinión. La perspectiva de un mundo con más de mil millones de hablantes del español, con la integración china, es lo que más importa. Él lo sabe, ahora, más que nadie. Se impone la despedida cordial a don Roberto, que le expresa la certeza de que ya no existirá Franco cuando reciba la Gran Orden de la República China.

Don Roberto, Jimmy y Líber comentan que la exposición de Liang Kaihui ha sido muy rápida. Deliberadamente ha rehuido datos específicos o explicaciones sobre el funcionamiento del famoso chip. Desde luego, su aplicación va más allá del experimento lingüístico, a la vista de sus resultados. Que China logre antes del 2000 los 500 millones de hablantes en español significa que ésta será la lengua franca que necesita interior y exteriormente en un encadenamiento progresivo de influencia mundial. Los tres se extrañan de que hasta ahora Estados Unidos no se haya enfrentado seriamente a los efectos de la campaña, limitándose, en lo general, a comentarla como curiosidad y no como una realidad

hostil de tantas repercusiones. Don Roberto apunta que a los gobernantes estadounidenses lo que más les preocupa es la sucesión de Mao y que no hay que descartar su dura reacción si la campaña llega a alcanzar el éxito pronosticado, más allá de ciertos límites.

La Universidad absorbe por completo a Líber, que ha sido incorporado a un Consejo que deberá inventariar los nombres de tecnologías en inglés que no han sido traducidas al español. Está pendiente del embarazo de Evelyne y a ella dedica todo el tiempo disponible. El matrimonio ha comunicado a mamá Ruth que todo indica que vendrá una niña y que han determinado llamarla Margarita, en honor y gratitud consagrada a la madre de Líber. Es la gran sorpresa que tienen reservada a Ita, la que no tarda en llegar a Boston. Evelyne la lleva primero a que conozca la casa que les obsequió y su regia habitación. Después comerá con Howard y Ruth, colmada de atenciones. No olvidan éstos su estancia inolvidable en Hong Kong y la categoría de gran señora de Ita. Celebran con júbilo el arribo de la primera nieta y su nombre, el que mamá Ruth encomia exageradamente, como si en el fondo no tuviera alguna reserva. Ita, además de halagada, observa la armonía del matrimonio y se complace en charlar con Evelyne. Pero en los tres días de su estancia en Boston ha conversado más íntimamente con Líber. Su hijo imagina, por las huellas que se reflejan en su bello rostro y las crecientes hebras blancas de su cabello, con signos evidentes de envejecimiento, que algo le preocupa por encima de sus posibilidades personales. No se equivoca. Ita revela a Líber que las utilidades del Grupo se han reducido considerablemente en los últimos años. Líber lamenta no haberlo percibido en los estados de cuenta que recibe puntualmente y que la omisión envuelva a su amigo David, el economista de toda su confianza. Ita no le oculta tampoco que ha recibido anónimos en que le avisan de la falta de lealtad de Tuny. Los atribuye al descontento de algún alto empleado del Grupo no satisfecho con los últimos nombramientos, he-

chos por Tuny. Pero es comprensible su inquietud, acrecentada por su actitud crítica ante una campaña que va a lastimar los intereses estadounidenses que Tuny tanto respeta. Líber le promete hablar con su amigo David para que ordene una auditoría a fondo con la discreción del caso, para que Tuny, lejos de molestarse, lo interprete como una ayuda a su gestión. Comentará con Jimmy la inquietante actitud de Tuny. Ita asiente y reitera a Líber que descansa en él para todo. Y sin que éste se lo pida, el día de su despedida le entrega un sobre con el capítulo final de su Diario. Su hijo, por la delicadeza que le inspira su madre, no se había atrevido a recordarle esta promesa.

Impaciente y con la misma inquietud que le han producido las informaciones anticipadas de su madre, se apresura a una lectura más que obsesiva, del último cuaderno con el Diario de su madre.

El tiempo transcurre con sus leyes inexorables. He perdido la continuidad del Diario y regreso a él sólo a ratos, en mi afán de concluirle. Siendo un hombre fuerte, Lee no se ha recuperado del todo de la pérdida trágica de sus dos hermanos. Fue un golpe demasiado duro para los tirones de su sensibilidad. No me he apartado de su lado y procuro que no caiga en nuevas depresiones. Su mayor participación en los asuntos del Grupo Mandarín, aun con sus redistribuciones de responsabilidad, no es suficiente. Recorro a todas las ideas imaginables para fortalecer su ánimo y creo que le conforta mi entrega plenamente amorosa. ¡Le debo tanto...! Recorro a su inteligencia y a su gran capacidad de raciocinio para que prevalezcan las emociones de nuestro corazón, que tanto nos unen y que nos gusta evocar. En mi deseo de una recuperación completa, a sabiendas de que siempre ha rehuído el viaje, lo convencí para que fuéramos unos días al inframundo de Las Vegas, con el aliciente de sus espectáculos y un combate de boxeo por el campeonato mundial del peso de máxima categoría. No aguantó su nocturnidad nómada, y a punto estuvimos de ser contagiados por el sonambulismo que durante cien años ha hecho de Las

Vegas el refugio de la modernidad primitiva, según me advierte Lee. El dinero devaluado por el aburrimiento, los dólares circulando como si fueran corcholatas. El simbolismo de los números, convocando a los ingenuos: el 7 como el número de la buena suerte, el 9 como el de la longevidad y el 3 como el de la perfección. Lo que no sabíamos es que este desierto, el Desierto de Mojave, fue descubierto en 1829 por un explorador mexicano, Rafael Rivera, y que en él se asentaría con el tiempo esta ciudad, inventada para entretejer a la gente y hacerla pagar por su contribución a la estupidez humana en forma de tragadólares y mesas verdes de juego, sorda y ciega a los llamamientos universales de la pobreza. Todas las costosas capas de cosmética no han borrado las huellas internas de su origen, un desierto. Me arrepentí de tal viaje, tratando de compensarlo con otro a Nueva Orleans, himno negro al ritmo jubiloso de la vida con todos sus encantamientos estimulantes. Curioso: algunas casas con cerámica de Talavera en las paredes recuerdan que Nueva Orleans, a fines del siglo XVIII, fue capital de la provincia española de Luisiana. Vivimos otros días más gratos. Lee, con su entusiasmo de coleccionista, compró dos cuadros de la escuela impresionista. Otro viaje que levantó el ánimo de Lee fue el de Nueva York, mitad de negocios, mitad de placer, esa ciudad tan frecuentada por él, para quien Nueva York es la medida reguladora de nuestro tiempo, aunque a veces ofrezca la sensación de una campana neumática por donde la gente corre apresurada como si la apremiara un reloj oculto en su sangre. Un humorista español de principios de siglo apuntó que los estadounidenses andan por la Quinta Avenida a ritmo de pasodoble.

Leo en la cubierta anunciadora de un libro del poeta mexicano José Juan Tablada: "Mujeres de la Quinta Avenida... tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida". De los diversos actos sociales a los que acompañé a Lee, recuerdo la cena que los Robinson nos dieron en su lujosa residencia de tres pisos frente al Central Park. Lee me informó que era una de las familias más acaudaladas de los Estados Unidos, especializada en operaciones financieras y en asesorías legales, coleccionista de pintura moderna y protector del

Museo de Arte Moderno de Nueva York. Una familia que ama el dinero y sabe lo que hacer con él, presente en diversas entidades filantrópicas del país. Afín a la trayectoria de Lee, pero sin igualar su arraigado humanismo. Los esposos, William y Mary, han invitado también a otra pareja cercana a sus afectos, los Restreppo, de origen suramericano. Retengo sus nombres en español, como ellos me lo piden: Ramón y Carolina. Degustamos vino Petrus y champagne Cristal, acompañados con una suma de exquisiteces orientales y occidentales, verdaderamente espléndidas. William y Ramón dialogan entre sí a partir de algunas preguntas de Lee. Para el primero, Estados Unidos padece un alarmante sobregiro de poder al no igualarlo con una inteligencia humana proporcional, por muy atractivo que el poder sea, por muy atractivo que se pinte. Para el segundo, este tipo de sobregiro hay que bendecirlo, pues gracias a él Estados Unidos es la primera potencia del mundo, sin necesidad de acumular siglos, sino años. Lee, con su fina sutileza, apuntó conciliadoramente, la diferencia que existe entre tratar la virtud como una necesidad y hacer de la virtud una necesidad rectora. La velada fue larga y sentí a Lee recuperándose por dentro y por fuera. Las dos familias nos acompañaron a tomar nuestro automóvil con palabras de admiración para Lee como ejemplo de una trayectoria triunfal en los negocios y su liderato en el mecenazgo con sentido cultural y social.

A pesar del dolor y las depresiones, me he preocupado de nuestro hijo Líber. Comunicación telefónica todos los domingos en las mañanas horarias de Ginebra. Una comunicación que ha incluido a la directora del colegio a lo largo de estos últimos años. Las notas escolares de Líber han mejorado, a satisfacción de sus maestras y maestros. En lo deportivo mantiene en alto el banderín de sus triunfos futbolísticos. Líber quiere saber de papá Lee y me pregunta constantemente cuándo le visitaremos. Disculpo a Lee por las desgracias ocurridas, que tanto me han afectado también a mí. Con todo y el aliento de Lee, he hecho dos viajes rápidos a Ginebra. Nuestro hijo ha crecido y embellecido. Hay carácter sobre su dulzura. Según los años pasan ha ido com-

prendiendo y valorado su destino. Percibe los privilegios de que goza. Domina totalmente el francés y también el inglés. Procuero hablarle en español para que no olvide su idioma original. Afortunadamente, su más íntimo amigo es Paco Rovira, un peruano con el que habla preferentemente en español. He paseado con los dos por las calles de Ginebra, orgullosa de la estampa de mi hijo, fuerte y alto de cuerpo. Junto a Paco parece mayor que él, con un año menos. Líber se orienta al estudio de las lenguas y su historia, confirmando sus primeras inclinaciones. Habré de consultar con Lee la universidad de su futuro. En el segundo de estos viajes a Ginebra me encontré, alojada en el mismo hotel Presidente, nada menos que a Coco Chanel. Nos besamos y abrazamos, en medio de nuestras lágrimas, sorprendidas ambas por el choque emocional de lo inesperado. Madame Chanel ha estado presente en los entresijos de mi memoria agradecida. Sabe algo de mi vida en Hong Kong y le confirmo que Lee es el amor de mi vida. No se equivocó cuando me encaminó hacia él, sacrificando a su vendedora estrella. La invito a comer, pero Coco me revela que se halla registrada en el hotel con el nombre de Lourdes Russell, perseguida por la policía francesa. "Chances de la vida", me explica. "Mi amante en París era coronel de la Gestapo y será ejecutado cuando lo encuentren. Supe a tiempo, por una cliente importante, que iba a ser detenida y me escapé a Suiza donde tenía ahorros de dinero en uno de sus bancos." Me pidió que nos despidiéramos de inmediato y que cambiaría de hotel con su anonimato. "Volveré a ser Coco Chanel si cambia el gobierno actual, y te esperaré en París. Dale a Lee mis condolencias por la muerte de sus hermanos."

Así se despidió de mí, serena y entera, sin merma del carácter que la hizo famosa. Nunca sospeché que Madame Chanel era la amante de un jefe militar del odioso nazismo. Otra página emocionante de mi vida. Al hilo de ella, me he dado una escapada hasta la ciudad francesa de Toulouse, donde se han refugiado miles de exiliados españoles. Busco a la conocida anarquista Federica Montseny, la primer mujer ministra en formar parte del gobierno republicano español de la guerra civil. Me he servido de la información

facilitada por Xavier Grijalbo, el representante de nuestro Centro en Barcelona, pensando que la Montseny podría facilitarme los datos que necesito sobre Durruti. Me advierte que es una gran teórica del anarquismo, siguiendo la herencia de su padre Federico Urales. Al principio, Federica se enfrentó con el ala conservadora del anarquismo catalán, pero después no estuvo de acuerdo con los asaltos bancarios de Durruti, con todo y que sirvieron para fundar el periódico *Solidaridad Obrera*, de circulación nacional, con buen respaldo de recursos económicos, muchos procedentes de una militancia fiel. Federica me recibe en un despachito con tres sillas y un pequeño escritorio. Me escucha con algunas interrupciones la historia de Líber, mi hijo adoptado en Figueras. Federica me dice que no puede darme una respuesta satisfactoria. La llamada "Columna Durruti" declaró el comunismo libertario en el frente de Aragón, con derecho al amor libre. Prohibió el vino y demás bebidas alcohólicas, hasta que las circunstancias exigieron cierta estructura militar, al no haberse conseguido la liberación de Zaragoza, donde miles de anarquistas fueron asesinados. Una Federica dubitativa me dice que no puede asegurar que Durruti no participara en el régimen declarado de amor libre, pues las jóvenes anarquistas estaban enamoradas de él, lo adoraban. Se habla, incluso, de que Durruti tuvo un hijo. ¿Será el Líber del que yo le hablo? Nada puede asegurarlo, salvo que Durruti era fiel a su esposa francesa, Emiliène Moriu, compañera de la que tuvo una hija, Colette, nacida en París. Me apunta que el que quizá sepa todo mejor que nadie es el galancito Juan García Oliver, que de camarero pasó a ser pistolero, formando el trío Durruti, Ascaso, García Oliver. Este último se encuentra en algún lugar de México. Hable con él. Quien puede ayudarlo es su gran amigo Ricardo Mestre, casado con la escritora anarquista Silvia Mistral, mujer de muchos méritos. No vacilo y decido volar a México, con el permiso de mi querido Lee, que lamenta no poder acompañarme por la junta en Hong Kong de cinco de los premios Nobel que ayudaron a diseñar el Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza. Su delegado en Barcelona, Xavier Grijalbo, no tarda en localizar en la ca-

pital mexicana, donde son conocidos, a Ricardo Mestre, editor y vendedor de libros, anarquista fiel como su mujer Silvia Mistral. El avión da una perspectiva infinita de México, D.F., con su superficie territorial de 1,500 kilómetros cuadrados y sus grandes aglomeraciones urbanas. Más que Ricardo, es Silvia la que habla, ambos intrigados por la historia de Líber. A Silvia le parece un tema apropiado para una de sus novelas sentimentales, bien cotizadas. Se han comunicado telefónicamente con Juan García Oliver para concertar mi entrevista sin problemas aparentes. Ricardo me confidencia que, aunque se ha incluido a García Oliver en el asalto que Durruti efectuó a la fábrica textil Carolina, en la misma capital mexicana, en 1925, en una gira de recaudación de fondos por los países iberoamericanos que culminó en Buenos Aires, quien le acompañó realmente en el cuantioso robo fue Ascaso, integrante con García Oliver de "Los Tres Mosqueteros", antes "Los Solidarios". Como un joven ministro de Justicia del gobierno republicano, García Oliver llenó una de las situaciones paradójicas que se dieron en la guerra civil española, me comenta con algo de sorna Ricardo Mestre. Silvia se ofrece a volar conmigo el trayecto que dura el viaje a Guadalajara, donde radica García Oliver, y acepto gustosa. Nos instalamos en el hotel Camino Real, en las afueras de esta ciudad que impresiona por su belleza provinciana y las cortesías esmeradas de sus gentes. El hotel está situado entre jardines bien cuidados. Andando por ellos, con los relatos de Silvia, siento calmadas mis premiosidades y me dispongo a llenar esta página anhelada de mi Diario. Silvia se abstiene de participar en la entrevista y se limita a presentarme con García Oliver para que éste hable con libertad, no sin revelarme que está casado con una mujer mexicana y que ha tenido con ella un hijo, ganándose la vida como agente de seguros. García Oliver me saluda de mano, con ceño no precisamente amable. Es un hombre blanco, de mediana estatura y barba cerrada; de palabra fácil y de rápidos reflejos, hombre instruido. Le cuento, sin inmutarme, pero con una enorme emoción íntima, la historia de Líber, que es mi propia historia. Cuando la escucha desaparece el ceño fruncido. Me

mira sin pestañear, tras un breve silencio, que interrumpe para halagarme: "Admiro su comportamiento y creo que es un episodio único en los registros de nuestro exilio". Me hace un resumen de su vida pasada y de su vida actual con aire conciliador. Se alarga y con cierta impaciencia acabo por reiterarle mi pregunta: ¿Es Líber hijo de Durruti? Antes de contestarme, me dice que Durruti fue un mito, además de un anarquista de inmenso valor personal. No vaciló en jugarse la vida antes de la guerra y agonizó como un héroe en el hotel Ritz de Madrid cuando la capital de España estaba a punto de caer en manos del ejército franquista. Por ser un héroe, se le atribuyen diversidad de hazañas y de amores. Era adorado como si José Buenaventura Durruti fuese un santo. Pío Baroja le definió como "un doctrinario con alma de guerrillero". Sobre su muerte, a la cabeza de la columna "Tierra y Libertad", en el frente de Madrid, existen varias versiones. La de una bala perdida; la de unos milicianos en fuga en las cercanías de La Moncloa con un Durruti desesperado y desamparado de fuerzas de apoyo; y la más reciente, la que yo creo, que se le disparó su pistola ametralladora al entrar en el automóvil. Estuvo en su memorable entierro en Barcelona con una multitud tan grande como si se hubiese despoblado la capital, desde Las Ramblas hasta el cementerio, a tal punto que la muchedumbre tardó en disolverse más de 24 horas. Volviendo a mi pregunta me dice que Durruti le fue fiel a su esposa Emiliène, una francesa que le enviaba a la cárcel de París los alimentos que podía comprar con sus ingresos de acomodadora de salas cinematográficas. Se preocupó después de que no les faltara nada tanto a su compañera como a su hija Colette. Literalmente anoto su respuesta a mi pregunta: "En aquellos primeros días de guerra, con Durruti al frente de su columna, en régimen de comunismo libertario, hasta que las mujeres fueron retiradas del frente, sucedió todo lo que puede imaginarse y más. No me extrañaría nada que Durruti se tirara a una de sus enamoradas. También yo conozco el rumor de un hijo suyo. Por la edad del niño y el comportamiento de la madre que huyó con él a Figueras, es posible que fuese el hijo al que me refiero". Le

muestro una foto reciente de Líber y García Oliver no duda en destacar que tiene los ojos negros y la mirada intensa de Durruti, un hombre gigantón que imponía con su presencia, de fuerte musculatura, desarrollada en los oficios de minero y herrero que ejerció en León, donde nació y aprendió a ser rebelde, enemigo declarado del capitalismo. García Oliver se muestra, ya sin reservas, en una conversación que ha durado más de dos horas y en la despedida me anima a que vea a Líber como el posible hijo de Durruti. "Lo que más vale —agregó— es el acto ejemplar y excepcional de una mujer como tú. Dile a Líber que le mando fraternales saludos y que honre al idealista, que por encima de todo, fue Durruti." Regreso enteramente conmovida al hotel Camino Real y me apresuro a tomar las notas de esta página de mi Diario. Como con Silvia Mistral, a quien refiero mi conversación con García Oliver y comprende los temblores de mi estado de ánimo. Su conclusión, sabiendo lo reservado y la vida en retiro de García Oliver, es que, en efecto, Líber es el hijo ignorado de Durruti. Me dedica dos de sus libros y le prometo visitarla más adelante, con Líber y Lee. Tan pronto vuelvo a Hong Kong, cuento a mi marido el resultado de mis escapadas a Toulouse y México. Le contagia la febrilidad de mi estado de ánimo y comprende sus estremecimientos. Luego de tranquilizarme, me dice que la historia es ahora completa y que Líber y su "mamá Ita" han sido un puente venturoso de nuestro amor, ahondándolo. Nosotros, como padres que lo adoptaron, hemos sido dignos de nosotros mismos y será Líber, cuando llegue el momento, el que deberá interpretar su propia historia. Mientras hablábamos, Lee recibe una llamada telefónica de su querido amigo Picasso. Como yo advertí a éste que Lee había sufrido una fuerte depresión con la muerte de sus dos hermanos, adivino lo que enseguida me comunica Lee: Picasso nos invita dentro de quince días a una fiesta sorpresa dedicada a mí, en su castillo La Californie, cerca de Cannes, en la Riviera francesa. Hablo con Jacqueline Roqué, la bella mujer de Picasso, la definitiva, pero no logro mi propósito, el de descubrir el tipo de fiesta a que nos invitan. Jacqueline es hermética en estos asuntos y sólo me adelanta que será

una sorpresa inolvidable, como suele hacerlo Picasso con los amigos a quienes más quiere. Vivo con Lee otra luna de miel. Demasiados días sin gozarnos totalmente. Lee me refiere sus reuniones con los premios Nobel del Centro de Investigación y Combate contra la Pobreza. Hicieron un balance de las actividades de los últimos cuatro años, en los cuales el Centro ha invertido más de veinte mil millones de dólares. Lo que más les llamó la atención fue el éxito de las becas de artes y oficios, reclamadas más allá de las posibilidades propias por Estados Unidos, Canadá y Australia, principalmente. Jimmy, presente en las reuniones, informó que se estudia un sistema de compensaciones para ampliar los cupos de estas becas, entre los países interesados. Las becas alimenticias siguen representando el presupuesto mayor del Centro y se está en proceso de extenderlas, aunque la pobreza, lejos de disminuir, ha seguido creciendo. Los premios Nobel han firmado un comunicado, que llena de satisfacción a Lee, en el que se proclama el papel relevante que desempeña el Centro, en espacios que deben atender los países ricos con el apoyo de modelos privados tan ejemplares como el de Hong Kong. El título del comunicado no puede ser más expresivo "Mientras haya hambre, no habrá paz en el mundo". La grandeza de esta obra, que manifiesta mejor que ninguna otra su categoría humanista y de empresario moderno, ha trascendido internacionalmente el nombre de Lee. Algo justo y más que merecido. Lo veo confortado y le abro una botella de su champagne favorito para brindar juntos, maravillosamente juntos. El oro de este hombre está en su mirada generosa, en su conducta intachable. El brindis es un voto de gratitud a la vida por mantenernos unidos en ella. Pongo en orden los papeles y obsequios de mi viaje. Luego rebusco en la gaveta mágica de Lee sus notas sobre Picasso. Quiero estar preparada para nuestra fiesta y los diálogos chispeantes de este genio indiscutible. Lee tiene seleccionado lo mucho que se ha escrito acerca de él. Un crítico de primera línea, Gaya Nuño, afirma que ha sido y es la sal del mundo. El pintor Matisse, a ratos olvidado, dice que a Picasso se le admiraría siempre porque pinta con su sangre. Es de su querido poeta Apollinaire la expresión de que

las imágenes de Picasso esteriotipan el mundo contemporáneo. Eugenio D'Ors, que respetaba sus diferencias ideológicas, deja constancia de que con su arte Picasso ha creado más riqueza que Ford. A estas alturas de su vida, refugiado silenciosamente en su obra durante el dominio germano en Francia de la última guerra mundial, se le han dedicado más libros y notas periodísticas que a ningún otro artista. "Es un ser prodigioso dotado por la naturaleza", afirmación generalizada. Lee piensa que bastaría la serie de sus Meninas para que su obra y el nombre de Picasso sean inmortales. Deja aparte como otro testimonio de su genialidad, la creación del surrealismo en la pintura y el reconocimiento de la crítica francesa de la deuda de Francia con Picasso que ha irradiado a este país como centro prestigioso del arte mundial. Sin él, la Escuela de París no sería lo que ahora es. Quizá el cuadro más popularizado es su Guernica, dado a conocer en la Exposición Internacional de París en el año 1937, impresionantemente sencillo, pero muy estudiado. Lee y yo hemos recordado siempre la boda en 1961 de Picasso con Jacqueline Roqué, la modelo, cuyo bello perfil y sus grandes ojos de azabache sedujeron a Picasso. Fue, para Lee, el sello imborrable de una amistad cultivada por los dos y que yo prolongué con Jacqueline, una belleza de mujer con inteligencia. Hubo una confidencia suya al comentar las quejas de las mujeres anteriores, al decirme "Yo sin Picasso no podría vivir". Otra confidencia marginal fue la de revelarme los pintores preferidos de su marido, Velázquez y Goya. Y que lo que más le ofendía a Picasso era que le llamaran "pintor de moda". Me pierdo entre la documentación acumulada en la gaveta de Lee y me declaro lista para emprender el largo vuelo que nos espera. Siento animado a Lee, como en los mejores momentos de nuestro matrimonio. Picasso y Jacqueline nos esperaban en La Californie para alojarnos en una de las habitaciones próximas a la suya. El velo de la fiesta-sorpresa tarda en correrse dos días con el arribo de Carmen Amaya, una bailarina tan genial como él, acompañada de su grupo de gitanos, casi todos con el apellido Amaya. La excepción es Sabicas, el mago de la guitarra flamenca. Llegan con sonidos de pal-

mas y avanzan bailando hasta nuestra mesa. Picasso ha traído desde Nueva York a Carmen Amaya y su tropa gitana en nuestro honor, como únicos invitados. Carmen Amaya y Pablo se tratan con familiaridad. “Era una esmirriada niña gitana cuando la conocí y vi en su mirada de fuego lo que ha llegado a ser, una bailarina inimitable.” Inimitable, agrega Picasso, porque su taconeo nunca es igual, como si se transfigurara en un ser de otro mundo. Su cuerpo menudo y fibroso de metro y medio se agiganta y palpita continuamente, es como un oleaje que arrastra irresistiblemente. “Un ser lleno de sabiduría, a pesar de no haber estudiado en ninguna escuela y ser prácticamente una analfabeta”, concluye Picasso. La actuación es sobre un tablado que se ha levantado a un lado del jardín. Comienza con unos solos flamencos, desprendidos de la guitarra de Sabicas y sus dedos prodigiosos. Picasso los baila y se entusiasma. Luego llega un volcán, llamado Carmen Amaya, que se suelta por bulerías, con un taconeo cuyo eco debe llegar a las orillas del mar. Al final, la celebración flamenca es dirigida por Picasso y todos bailamos, con la batuta de su mirada inapenable, sobre el tablado. Carmen Amaya con sus ojazos negros, me arranca de los brazos a Lee y trata de que imite sus pasos. “Venga, venga esa gracia catalana, que a ti te sobra lo que a mí me falta, un buen culo.” Lee se ha transformado y canta al unísono con Picasso en un francés macarrónico y tono flamenco, que los gitanos acompañan con palmas. Ha amanecido en la Costa Azul y todos se despiden bailando sevillanas, bajo el talante jubiloso de Carmen y los acordes mágicos de la guitarra de Sabicas. Más de seis horas de fiesta. Carmen y su grupo deben de volar horas después a Nueva York para continuar sus actuaciones en el hotel Waldorf Astoria, de donde Picasso los ha sacado con su poder mágico. Apagada ya la hoguera flamenca, en la que el más divertido, sin duda, ha sido Picasso, con su doble espíritu mediterráneo, el de Málaga y Barcelona. Continuaremos dos días más en La Californie, agradeciendo a nuestros anfitriones la fiesta-sorpresa que nos han brindado. Pablo me regala uno de sus apuntes a lápiz de Carmen Amaya. Me entero que en pleno jolgorio, Picasso ha recibido la noticia de la

muerte en un accidente automovilístico de "El Gaditano", uno de sus toreros preferidos. De él nos había contado en encuentros anteriores que su valor, limpio de cornadas, se debía a que capote y muleta los impregnaba con un aroma, inventado por él, entre la cocaína y la mariguana, que dominaba las embestidas de los toros y aseguraban al diestro andaluz orejas y rabos al por mayor. Quizá una de tantas ocurrencias con las que se divertía el glorioso pintor, igualmente andaluz. Admiramos a Picasso que no ha dejado de trabajar, pues suele levantarse con el alba. Nuestras charlas son a la hora de la comida. Nos recuerda sus primeros meses en Montmartre, de aprendizaje y experiencia, luego víctima de los galeristas de arte, que con el tiempo se volverían multimillonarios a cuenta suya. Esto le ha permitido no sólo conocer la gente entre la que vivía, sino las angustias y las alegrías humanas. No se considera hijo de un estilo concreto, los ha combinado todos a la luz de la naturaleza en todas sus expresiones. Mi observación es que Pablo y Jacqueline se aman intensamente. No ignoro los sentimientos cambiantes de Picasso. Sin embargo, la balanza ha puesto de relieve el peso del talento de Jacqueline. Nos despedimos con una invitación que aceptan: la de que nos acompañen, con sus amigos predilectos, a una de las próximas excursiones de nuestro barco, el que lleva mi nombre. De paso en París, Lee me sugiere una visita al colegio de Líber en Ginebra. Era la invitación que yo íntimamente esperaba. Se lo anunciamos a la directora para que autorice la salida por un día de nuestro querido Líber. Cuando éste nos encuentra en las puertas del colegio, se dispara como un cohete de imparable energía. Besa a mamá Ita y a papá Lee. Reitera el "papá Lee", sabiendo que endulza sus oídos. A él le informa ante todo de sus buenas notas en el colegio, noticia que es sabida de Ita y Lee. Ha crecido y embarnecido, como si su edad fuera de 14 años. Es ocasión para manifestarle a "papá Lee" que desearía estudiar la carrera de letras y ser profesor de alguna universidad de Estados Unidos. Algún compañero le ha hablado de Stanford. Papá Lee le dice que primero habría que preocuparse de una escuela, como la Universidad de Columbia en Nueva York o la

ante-Harvard de Boston, y decidir después la carrera que entonces más le guste. Líber asiente encantado y besa con fruición a Lee y a Ita. Su pregunta es cuándo le llevarán a Hong Kong. Lee le dice que en la nueva casa dispondrá de una habitación especial y le recuerda que en Hong Kong tiene una cita indeclinable con su destino. Comen en La Barcelonette, en los altos de Ginebra. Líber les dice que ha logrado tres notables en gramática e historia y que espera no defraudarles. Vuelven al colegio y Líber besa apasionadamente de nuevo a sus padres. Cierro aquí provisionalmente mi Diario. No estoy segura de añadir alguna posdata. Lo que deseo es que Líber lo conozca. Será una lectura que le muestre su historia personal y la relación de ella con su destino. Me tranquiliza ver que Lee ha superado sus depresiones y que ahora le siento preocupado por la buena marcha del Grupo, de cuyos riesgos, en ausencia de sus hermanos, está consciente por mucho que él los vigile y por mucha que sea la confianza que tiene depositada en sus principales ejecutivos y colaboradores. Pero no permitiré, en lo que de mí dependa, cualquier nueva depresión de Lee. Tiene un plan para dar la vuelta al mundo en el yate que lleva mi nombre, sin prisas, deteniéndonos en cada país. Ya ha preparado la lista de invitados. La encabeza María Callas, su amiga, ahora "la devoradora de hombres". Por otra parte, con el auxilio de Madame Lauron, quiero terminar el inventario completo de la pinacoteca de Lee, atendida sólo a notas elementales tuyas. Visitaremos a Líber y, de acuerdo con él, le llevaremos a la universidad que prefiera, formalizando la sucesión en la forma que la tiene pensada Lee. Madame Lauron, que tanto me ha ayudado en la redacción de este Diario, me pide que lo prosiga. Debo convencerla que lo principal ya está escrito y que me propongo vivir muy de cerca con Lee los últimos años de nuestra vida. Pronto cumpliremos 32 años de matrimonio venturoso... como nunca lo imaginé.